

Vida
Aristocrática



Vida Aristocrática



Revista del Hogar

SOCIEDAD ◦ ARTE ◦ DEPORTE ◦ MODAS

Se publica los días 15 y 30

Suscripción: Dos pesetas al mes.

Número suelto: Dos pesetas.

PARA PUBLICIDAD PÍDANSE TARIFAS

Madrid²- Goya, 3. Teléfono S-583.

FAMILIAS DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

LOS SALAMANCA

En la calle de Ferraz se halla el suntuoso palacio construido por los marqueses de Salamanca para su residencia en Madrid. ¿Quiénes son los actuales marqueses de Salamanca? El era, antes de 1905 en que heredó el título, don Luis de Salamanca y Hurtado de Zaldívar, y ella una distinguida dama perteneciente a la opulenta familia argentina de Martínez de Hoz. Casados hace relativamente poco tiempo, alternan sus estancias entre París, Biarritz, Buenos Aires y Madrid, gozando en todas partes de consideraciones y simpatías.

La personalidad del marqués de Salamanca es para nosotros particularmente interesante, por ser el nieto mayor y representante de aquel famoso español que llenó con su nombre un gran período del pasado siglo. Al título de marqués uno don Luis de Salamanca el de conde de los Llanos, otorgado también a su ilustre abuelo, al que va unida la grandeza de España. El hijo mayor del famoso marqués de Salamanca murió muy joven, dejando de su matrimonio con la actual condesa viuda de los Llanos—aya de Sus Altezas las Infantas doña Beatriz y doña María Cristina—varios hijos: don Luis, que lleva los títulos de la casa; la vizcondesa de Portocarrero, la marquesa de Villavieja; don Carlos, vizconde de Bahía Honda, y don Manuel.

Familia muy respetable, y emparentada con otras de los más ilustres linajes, tales como las de Villahermosa y Viana, vive la de Salamanca en una antigua casa de la calle de Ventura Rodríguez. De ella salió para casarse el actual marqués, que es uno de los aristócratas más apreciados hoy en nuestra sociedad.

No es posible hablar de los marqueses de Salamanca sin evocar la figura de aquel noble prócer, que hizo tres fabulosas fortunas y se arruinó otras tantas, y a quien Alejandro Dumas, en cierta ocasión, dijo al estrecharle la mano: «Siento haber escrito *El conde de Montecristo* antes de haberle conocido a usted».

Solo por la gratitud a que se hizo acreedor, de los españoles en general y de los madrileños en particular, merece unas líneas de recuerdo.

Fué don José de Salamanca una de las grandes figuras de la patria en la pasada centuria y la primera en aquellas esferas en que supo desenvolverse su actividad prodigiosa y su gran inteligencia. Durante cuarenta años no cesaron sus grandes empresas, todas ellas encaminadas al bien y prosperidad de la nación, ocupando en ellas miles de obreros y cientos de artistas y empleados.

Desde 1841 hasta 1883, en que falleció, su labor fué extraordinaria. Empezó por tomar en arriendo las rentas de la sal que tenía estancadas el Estado, y que produciendo unos treinta millones, tomó por más de cuarenta y las devolvió produciendo más de ochenta. Construyó el ferrocarril de Madrid a Aranjuez, que continuó más tarde hasta Alicante, siendo ésta la primera línea de importancia que se hizo en España. Fué también el constructor de las líneas de Pamplona y Granada. Tuvo participación en otras empresas ferroviarias, y se puede decir que en aquellos tiempos no había Compañía constructora que no contase con él.

Entre otras empresas, realizó el ensanche de San Sebastián en la Zurriola y dejó adelantado el canal del Duero.

A él se debe casi exclusivamente la creación y construcción del barrio madrileño que lleva su apellido; barrio que inició construyendo el que fué su palacio—y hoy es del Banco Hipotecario—, en el paseo de Recoletos, cuando no existía allí urbanización alguna, y los madrileños, por las noches, no se atrevían a pasar de la Cibeles. Llegó a tener en este ensanche más de doce millones de pies cuadrados de terreno, que representan más de un kilómetro cuadrado, en el que construyó más de sesenta edificios, habiendo derribado la antigua plaza de toros y construido la nueva. Hoy el barrio de Salamanca es uno de los más bellos de Madrid, y está, casi en su totalidad, habitado por familias de la clase media adinerada.

En el extranjero fué donde las empresas de

don José Salamanca tuvieron más importancia financiera. Construyó en Italia las líneas férreas de Roma a Nápoles, de Roma a Ancona y de Roma a Civita-Vecchia, y en Portugal la de Lisboa a la frontera y a Oporto. Fué el corresponsal en Francia de la empresa que empezó, en los Estados Unidos, la construcción de la gran línea de Nueva York a San Francisco de California, y por los grandes servicios que en este asunto prestó, pusieron allí su nombre a una población, que es hoy una ciudad de más de 30.000 almas.

Al principio tuvo en sus negocios algunos asociados, pero después en todos estuvo solo. Siempre, con su crédito, tuvo en circulación mucho más capital del que poseía. Sus grandes beneficios los logró en el extranjero, pues en España, a causa de las perturbaciones interiores del país, le fracasaron no pocos negocios, imposibilitando la realización de más planes de mejoras que tenía pensadas para nuestro país.

Las tres fortunas que sucesivamente hizo, se las dejó repartidas en España. En sus mejores tiempos, desde 1855 a 1862, en que hubo aquí tranquilidad, llegó a reunir un capital que se acercaba a 400 millones de reales, que entonces valían más de cien millones de francos. En una de sus operaciones financieras dió un talón contra el Banco de España de 80 millones de reales, que conserva el Banco puesto en un cuadro.

Como político hizo también carrera. Fué diputado desde su mayor edad, y luego senador. En 1845 le fué confiada la cartera de Hacienda, realizando en dos gobiernos sucesivos importantes reformas.

Siendo tal su relieve financiero y político, natural era que fuese también en sociedad primera figura. Sus grandes comidas eran siempre comentadas por lo fastuosas. Sus cacerías en Los Llanos serán siempre recordadas entre las grandes cacerías.

Protegió, además, las artes en todas sus manifestaciones. Fué en Madrid el primer empresario de ópera italiana, habiendo traído artistas como la Persiani, Ronconi, Salvi, Bettini y otros de gran fama. Reunió en su palacio de Madrid y de Carabanchel—en éste fué a vivir los últimos años de su existencia—magníficas colecciones de cuadros, estatuas y antigüedades; pensionó a numerosos artistas españoles, dentro y fuera de España; fué propietario de varios periódicos y subvencionó otros. Logró reunir asimismo, una biblioteca única en su género, pues contenía todos los libros de caballería que Cervantes menciona como formando la biblioteca de *Don Qui-*

jote. Del *Tirante el Blanco*, del que solo se conocían en el mundo tres ejemplares, llegó a tener Salamanca dos.

Audaz y temerario en sus empresas, llegó a ser árbitro en la Bolsa de Madrid, girando a su alrededor políticos, financieros y diplomáticos de España y del extranjero.

De su fastuosidad se cuentan mil anécdotas, y el capítulo de la galantería tenía siempre en su presupuesto personal crecidísimas consignaciones. En una ocasión faltó balastro para terminar la construcción de una línea férrea, y Salamanca, con objeto de que no se retrasara la inauguración, ya anunciada, ordenó que llenaran lo que faltaba de línea con duros recién acuñados. Otra vez, para auxiliar a un amigo suyo, avaro, que buscaba media peseta extrañada, le alumbró quemando un billete de mil pesetas. Otro día, en 1844, había jugado en Bolsa a la baja, en unión de Narváez y en contra de numerosísimos bolsistas. Ganó la partida, y aquella mañana arruináronse centenares de personajes. Cuando él llegó a la Bolsa, hervían aquellos alrededores. El que menos pensaba en el suicidio. Salamanca se adelantó ante sus deudores, sonriente, y rompió todos los pagarés. Había indultado a todo el mundo.

Otro rasgo suyo, que demuestra la nobleza de su carácter, fué el acto de galantería que tuvo para doña Isabel II, cuando ésta abandonó España, acompañándola hasta que pisó suelo francés, cruzando su pecho con la banda de Carlos III y ostentando en el frac la llave de gentilhomme de Su Majestad.

Hablar del marqués de Salamanca, refiriendo bonitos rasgos de su vida, sería hacer este artículo de recuerdo interminable. Con lo relatado basta, no obstante, para formar una idea de lo que fué aquel hombre excepcional.

Sus nietos han heredado muchas de aquellas bellas cualidades. La esplendidez, el agrado, la simpatía sigue siendo patrimonio de la familia Salamanca.

Los actuales marqueses continúan la tradición. Por eso se han instalado en Madrid, y por eso, como don José, protegen a los artistas españoles en España y fuera de ella. Prueba de esto es que en su hotel de la calle de Ferraz se halla la primera obra importante que existe en Madrid del famoso decorador español Sert, tan admirado en París y en los Estados Unidos. Trátase de la decoración del comedor, en la que el gran artista no se ha contentado con ejecutar las pinturas, sino que ha dirigido todos los detalles de la estancia. Así, el techo de la habitación está formado con vigas pintadas de rojo, y las puertas son de esmalte del mismo color; todo ello armonizando con los grandes *panneaux* de laca roja, que representan algunas capitales de España. En el que representa Madrid, aparece, en primer término, la plaza de Toros, y esfumándose en la lejanía, la cúpula de San Francisco el Grande y otros edificios, arbitrariamente agrupados, pero formando un artístico conjunto. Otros *panneaux* reproducen las murallas de Avila, un trozo de Salamanca y la puerta de Alcántara, de Toledo. En el resto de la casa se respira igualmente arte. No en vano sus dueños llevan los títulos de quien fué, entre otras muchas cosas, gran protector del arte nacional.

Ahora, ésta noble familia se halla bajo el peso de un gran dolor, producido por reciente desgracia. La muerte de la duquesa viuda de Granada, tía carnal del marqués, por ser hermana de su madre, ha producido en éste noble hogar un gran sentimiento. En las manifestaciones de pésame que la Sociedad madrileña ha dedicado al duque de Villahermosa y sus hermanos han participado los Salamanca, que querían a la ilustre finada como a una segunda madre.

Por eso juzgamos que éstas líneas de homenaje a su familia no podíamos terminarlas sin asociarnos a tales manifestaciones de pesar.

DIEGO DE MIRANDA

CASA GONZALEZ
 MADRID (GRAN VIA 14)
 SEVILLA, HUELVA
 CORDOBA, MALAGA



DECORACION
 CERAMICA
 AZULEJOS
 PAVIMENTOS
 HIERROS
 ARTISTICOS
 SANEAMIENTO

¡YA SE CASÓ!

El genial actor llegó sonriente. Aún sonaban en sus oídos las ovaciones delirantes, conque siempre era premiada la escena final del segundo acto. Hasta su camerino llegaban las palmas compactas y ruidosas que, invariablemente, indicaban la caída del telón. Los visitantes ya sabían a qué atenerse y cada cual apresurábase a perfilar su persona en espera del celebrado héroe.

Siempre había de oírse la voz del criado que comentaba gozoso:

—Ahora se acaba el segundo. Esos aplausos jamás nos fallan.

Y la hija del actor, sonreía con vanidad, quizá demasiado visible, y a la llegada de su padre le aplaudía como una más del público:

—¡Bravo, bravo!

Todos se apresuraban a imitarla, y otra prolongación de aplausos le envolvía en la intimidad de su saloncillo. En seguida callaban, y el actor, queriendo aparentar un cansancio insostenible se dejaba caer en un diván sonriendo con forzada amargura.

Era un hombre relativamente joven, de complexión robusta; no muy alto, elegante; casi guapo de cerca, en escena ganaba, y los gemelos femeninos eran incansables al asaelearle. Realmente su arte le engrandecía.

Es incomprensible, cómo tan admirable comediante fuera la persona más distraída de cuantos he conocido. Como su imaginación era excesiva, urdía inconscientemente las mentiras más grandes para contradecirse al momento.

—Pues sí... recuerdo que aquel día vestía un pantalón de lanilla color hueso impecable, planchado, sin la menor arruga. Resbalé y caí cuan largo soy en un charco; ¡Excuso decirles como se me quedó el pantalón! Tuve que tirarlo.

Mientras, está con la pasta desfigurándose la nariz para un personaje episódico. Como curiosos calláramos viéndole maquillarse, él distraído creyó que nada había dicho y continuó:

—Como les iba diciendo, figúrense cómo sería el género del pantalón que me fui a casa, me mudé y al día siguiente tuve otra vez mi pantalón, impecable... Es el que uso para la playa.

Como él estaba atento a su tocado, no veía las miradas maliciosas de todos, pero su hija con encantadora sencillez le advirtió:

—Papá; ¿en qué estarás pensando! Acabas de decir que tuviste que tirar el pantalón, ¿cómo añades ahora que te quedó estupendo?— y caritativa le defendió sutilmente.

—Te empeñas en dar conversación mientras te pintas, y claro, te confundes. Nada señores, quedamos en que una pierna le quedó impecable y la otra infernal...

Compañero mío de colegio, y aún llevándome algunos años de diferencia (perdona lector que no diga cuantos) desde entonces supimos ser

amigos. Sabiduría que consiste en conllevarse los mutuos defectos y conocerse.

Me cuenta un hecho; me manifiesta un plan; me consulta un parecer, y de todo ello, rebajo la mitad... después otra mitad... y entonces ya voy acercándome a lo cierto. Por eso, cuando me hizo sentar, después de dar órdenes terminantes de que no estaba para nadie, empecé mi sustracción progresiva para tener adelantado el camino.

Ya tenía la peluca exactamente encajada, una encrespada cabellera negra de artista ruso. Un terno de pana oscura con ciertos claros, testigos de no muy venturosos días, completando su atavío con la chalina puesta «de cualquier modo».

—¿No sabes lo que ocurre?

—¿Bueno o malo?

—¡Bueno! Desde cuando me ocurre a mí algo bueno? ¡Malo, malísimo!

—¿Malísimo? —Comento en voz alta mientras me apresuro a restar.

—¡Mimi se quiere casar!

—Hombre... ¿Y eso es malísimo?

—¿Te parece poco?

—No ¡Me parece mucho!

—¿Sabes con quién? Pásmate, ¡con Viniégro! Con ese comiquillo que habiendo echado los dientes en las tablas, tiene treinta años, y «me pisa» todas las escenas, porque dice que sin mirar al apuntador se embarulla. ¿A ti te parece?

Estoy satisfecho de mi sistema de reducción in mente. Acaba el padre sus dolamas, y me hago cargo de que en realidad el tal Viniégro nunca será un astro de Talía, pero de eso a llamarle comiquillo... Es cierto que mira al apuntador, pero también es verdad que en la concha, cuando él sale a escena, suele estar Mimi; y claro, el poder atractivo es dominante.

En fin, que titubeo antes de lanzarme a... no sé qué, pero a lo que sea ha de ser pronto, cuando un repiqueteo nervioso en la puerta viene en mi ayuda. Mimi entra como una centella.

Es una monada. Diez y ocho años. Rubia, espigada, llenita. Una ingenua con ribetes picarescos, encantadora. Se dirige a su padre.

—El señor Viniégro, galán de esta compañía, desea hablar contigo un momento.

—No estoy para nadie.

—El, no es nadie... Es un galán de tu compañía.

—Galancete, habrás querido decir...

—Galán, galán y muy galán... Algún día me lo dirás.

—Sí; cuando ya próximo a morir, padezca alucinaciones...

Ella me mira buscando ayuda. La miro yo, buscando una palabra acertada, y entre tanto busca y rebusca, desde la puerta francamente abierta, alguien pregunta: ¿Se puede?

Es un camarero, mejor dicho, eso reza en el cartel; pero también reza un poco a la derecha y después de cinco o seis puntos, las siguientes palabras: Sr. Viniégro.

Chambergos de lazos plateados; tizonas de te-

midos gavilanes; capas encubridoras y enormes; ruido de espuelas; guante de alto puño; golas y encajes, redecillas y justillos; mostachos insolentes; ojos acariciadores...

Con tales atavíos desentonaban la profusión de bombillas, cretonas y mobiliario. No se puede uno hacer completa idea de Artagnán a la luz del filamento metálico... Por eso mi vacilación momentánea. No esperaba aquella gente.

El saloncillo, ocupado por toda la compañía, esperaba de un momento a otro, la entrada triunfal de la debutante. Era el ensayo general.

El famoso actor me recibió empurpurado y mirándome sonriente a través de su binóculo. Admirable reproducción del Mazarino diplomático y chanchullero.

—¡Pero qué es esto! ¿En qué país vivimos?

—Ya ves... No me digas nada. Supongo que sabrás...

—¿Ya?

—¡Ya! Dentro de un momento la verás. Será una gran artista, pero no hubiera querido esto. Actriz... bueno; señora, no. Quiso por marido a ese galancete, que ya no mira al apuntador, pero lo mismo le da, por que sigue embarullándose. La cuestión es que ¡ya se casó!

El yerno del genial artista me mira humildemente. Me enternece y me fui a su lado. Estaba con traje de calle; no tenía papel en la nueva obra y esto le entristecía.

—Figúrese mi gozo si para mí hubiera habido alguna cosa... un paje, un escudero, un trajinante. Algo conque poder compartir su debut. Mi suegro me odia. A cualquier objeción mía me repite:—No pida nada más: ya se casó!

—No se preocupe, hablaré con Hermida. En una obra de este cariz es fácil meter a última hora un mozo de cuadra, o un bebedor 2.º, que no haga más que entrar o salir. Voy a decírselo.

—Sí, pero la cosa es que...—Plañió el actorcete —es en verso... será difícil...

—Espéreme aquí. He visto a Hermida en el escenario, y él se encargará de decirle a su suegro que tal personaje es imprescindible...

Y llegó el segundo y definitivo ensayo general, y Viniégro tenía su papelito. Un mosquetero 2.º, que solo tenía que decir, cuando se detenía una diligencia a la puerta del mesón:

—¡Me caso en San Ginés!

Se barrunta la jornada.

Pero mi amigo, el célebre artista, obligó el cambio de algunos versos para amargar al feliz marido la otra jornada que no pudo barruntarse hasta el momento que Mazarino al abandonar la posta le apostrofa de esta suerte:

—Os barruntáis la jornada

porque trasegáis el mosto.

¡Capitán! detened al mosquetero

que en ello no perdéis nada.

A un santo mentar osó;

en la cárcel quedará

hasta que medie febrero,

esposarle y vigilarle

que por fin, ¡ya se casó!

FELIX PRICHARD

¡DIVINO DOLOR!

Attendite et videte, si est dolor sicut dolor meus.
(Lamentatio Jeremiae
Prophetae. Lección III:
capítulo I.)

..... Ya declina la tarde, lentamente; tarde del Jueves Santo, misteriosa!, y una extraña emoción, honda y piadosa, al ánimo cautiva noblemente.

Parece la ciudad transfigurada; van las gentes a hacer las *estaciones*; en los labios, saetas y oraciones, en los espacios, una luz velada...

¿Cuál ya se fué la claridad cernida por las altas vidrieras ojivales!, ¡y qué pronto entre sombras sepulcrales la hermosa Catedral quedó sumida!

De su sacra tristeza y magno duelo, de su desolación, ¡cuán grave huella!; ¡todo principia a sollozar en ella, con un inconsolable desconsuelo!

Desnudos los altares; y el sagrario desierto está... ¡Engendra pesadillas el claror de las velas amarillas, del artístico y viejo tenebrario.

En el amplio crucero, o en el trascoro —del alarife medieval, portento,— ¡cómo esplende el suntuoso *monumental*!

¡cómo rebrilla, cual un ascua de oro!...

¿Qué ensueña el corazón, y qué presente en esta grave tarde del misterio de un infinito Amor, que mi salterio nunca acierta a cantar, augustamente?

Del *Monumento* aquel, en la presencia, y ante el Manso Cordero allí inmolado, ¡qué célicas fragancias ha exhalado de innumeros creyentes, la conciencia!

... De pronto, en el recinto silencioso de la gran Catedral ensombrecida, una angélica voz entristecida vibra con dulce acento vagaroso...

¡*El Christus factus est!*... la voz doliente clama en la vastedad del prócer coro; comienza el *miserere*, ¡como un lloro!, gime y brama el dolor, cual mar mugiente.

¡Qué divinos lamentos de ternura, que conturban y escinden mis entrañas! ¡Y qué músicas viejas, tan extrañas, que sollozan con lúgubre amargura!

¿Qué dolor rememoran contristadas? ¡Y qué pasión evocan? ¿A quién lloran? ¿Por qué tan tiernamente me adoloran esas excelsas músicas sagradas?

¿No lo sabéis?... ¿No lloran del planeta una humana aflicción?... Es del Dios-Hombre el supremo dolor, —dolor sin nombre!, lo que plañe David, el Rey Profeta...

Y Cristo está en la Cruz; y su gemido, «¿Por qué, Padre, me habéis desamparado?», el tenebroso cielo ha desgarrado, suavísimo, inefable, dolorido.

Y al pie de aquesta Cruz llorando están la Virgen Madre, Juan, la Magdalena, que confunden el llanto de su pena con el fiero fragor del huracán...

..... ¡*El divino Dolor!*... Y yo quisiera *Rabi* adorado, Virgen benditísima, consolar vuestra angustia sacratísima!, ¡la más sublime angustia, y la primera!

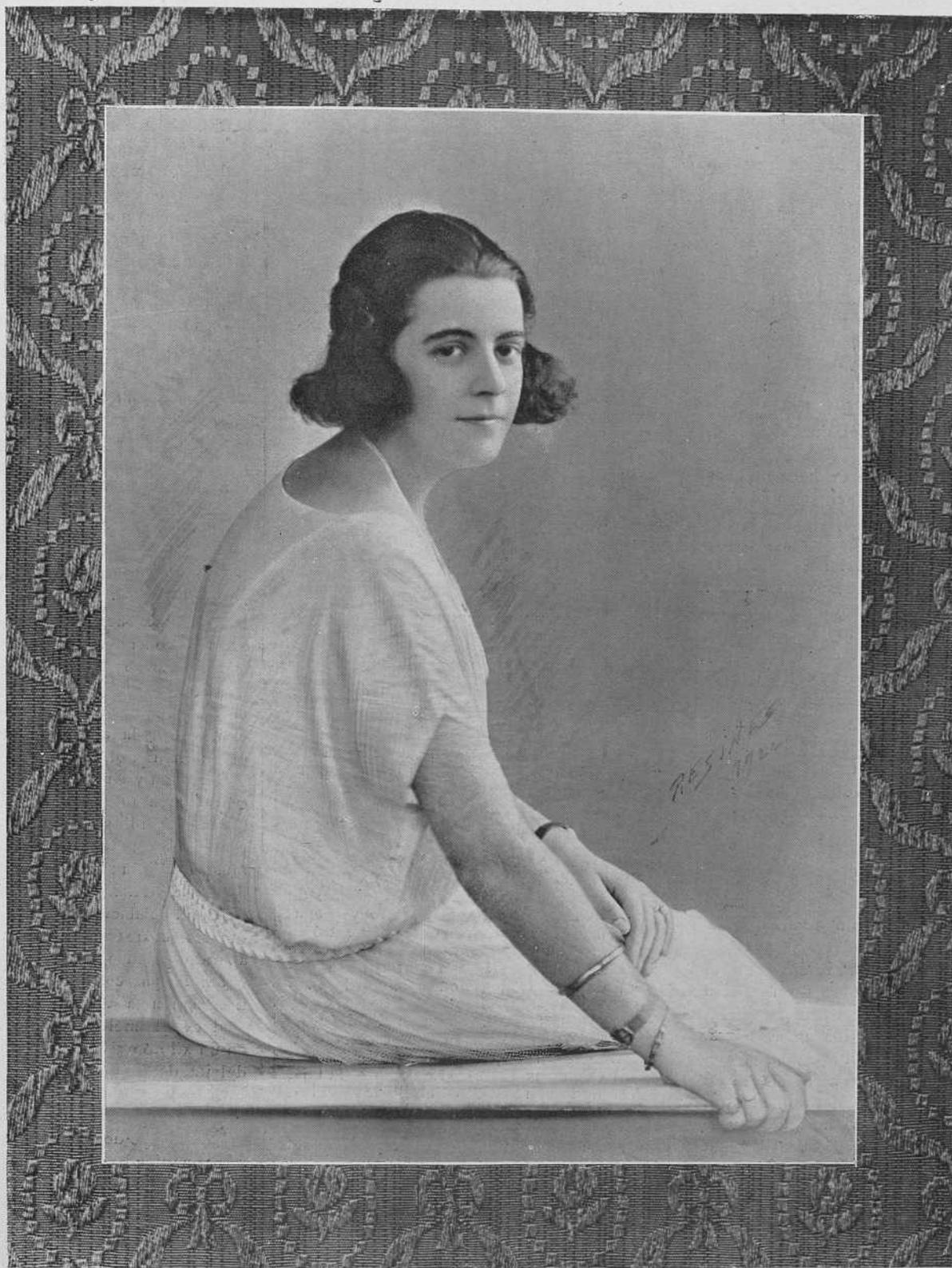
¿Por qué no ver, junto a tan gran dolor, una de las *hermanas* golondrinas que arrancaran, piadosas, las espinas, de la corona de mi Redentor?

¿Y por qué no cantarte, Madre mía, el himno de tu duelo, sobrehumano; y cual el del poeta *franciscano* del *Stabat*; tiernísima elegía?

Ni soy yo golondrina, ¡oh Padre!, ¡oh Dios!, ni tampoco poeta, ¡Madre amada!... Sólo sé, en esta hora desolada, llorar amargamente con los dos...

ADOLFO DE SANDOVAL

Semana Santa, 1923.



Año IV.—Núm. 91
15 Abril 1923.

En breve se celebrará una boda que verá con gran simpatía la Sociedad madrileña: la de la bella señorita Soledad de Verástegui y Cároll, perteneciente a distinguida familia hispano-americana, con el joven duque de Arévalo del Rey, barón de Monte Villena, hijo de la marquesa de Casa Jiménez. Nosotros nos complacemos hoy reproduciendo el retrato de la encantadora novia.

(Fot. Resines.)

Teatro

Rey Alfonso.—*Rosa de Francia*, por Eduardo Marquina y Luis Fernández Ardavin.

No sé por qué los poetas Eduardo Marquina y Luis Fernández Ardavin se habrán curado en salud advirtiendo al público que no habían querido resucitar con todo rigor histórico la época de nuestro Luis I y su esposa Luisa Isabel de Orleans, hija del Regente de Francia. Precisamente es una de las obras modernas en que más se respeta la historia.

Sin acudir a las *Memorias* de Macanaz o del Mariscal de Tessé, ni tampoco al curioso, ameno y documentado libro de Alfonso Danvila sobre la hija del Duque de Orleans que fué reina de España; con leer tan sólo una *Historia* cualquiera, la de Lafuente, pongo por caso, queda uno enterado de que los autores de *Rosa de Francia* no se han ido esta vez del seguro en el ambiente y entonación general de la obra, aunque nos mientan un amor de Luis I, por su esposa, que, en realidad, no tuvo nunca el malogrado monarca.

Pero hemos convenido, desde hace muchos años—¡ya lo creo, desde los tiempos mitológicos!—en que la poesía tiene la facultad de enmendar la plana a la historia cuando así le convenga, y más aún si con ello salen beneficiados la moral y las buenas costumbres, como sucede en la comedia de los Sres. Marquina y Ardavin.

La corte de Felipe V fué siempre más francesa que española, pero Luis I era español por temperamento, aficiones, hábitos y cierta gravedad no desprovista de simpatía. En su corte se ven, pues, las diferencias entre el carácter francés y el español, que los autores señalan. También eran el Rey, y más todavía la Reina, aficionados a divertirse, pasando muchas veces la medida, lo cual ocasionó a la soberana esa prisión del Buen Retiro que es como episodio central de *Rosa de Francia*.

El mismo Alfonso Danvila, a quien acabo de citar, tiene un libro muy sabroso intitulado *Cuentos de Infantas*. Lo componen varias anécdotas palatinas, de esta parte del siglo XVIII anterior a la Revolución francesa, referentes a todas las cortes de Europa. La obra de Marquina y Ardavin es como uno de estos *Cuentos de Infantas*, una anécdota convertida en madrigal, una flor de exquisito aroma que perfuma y embriaga a todo un siglo; una serenata, a la luz de la luna, en la glorieta de un jardín de Le Nôtre; un minuetto gracioso pleno de nostalgias y de encantos; el *Embarque para Citeres* de Watteau; la armonía extraña entre el alma francesa y el alma española que más tarde, andando los años, había de dar frutos deliciosos: una corte versallesca en los pinares austeros de Balsain; reinas que tienen de manolas; damitas a la vez majas y duquesas; la España de D. Ramón de la Cruz y D. Francisco de Goya, formada con refinamientos, sutilidades, caracteres vigorosos, recia contextura psicológica, poesía que se quiebra por lo delicada y rasgos sin matizar de un realismo que llega a la exageración...

Revela *Rosa de Francia* esta poesía de contrastes, de claro-oscuro, que resultaría si los gé-

nios del Atica adornasen con guirnaldas de flores los muros de una estancia conventual; pusiera Fragonard sus *Escenas galantes* en la monotonía del huerto de Fray Luis y ejecutara Orfeo en su lira la música de Gluk en las orillas del río madrileño, mientras soñaba con gentes del bronce la maja duquesa pintada por el sublime sordo de Fuendetodos y llevaban a oídos femeniles su ritmo anacreóntico los versos de Cadalso, Iglesias y Meléndez Valdés.

Dos poetas de temperamento tan exquisito como los autores de esta comedia, no podían menos de sentir la poesía del siglo XVIII español y como no trataron de seguir la historia con el rigor y disciplina severa de un opositor a cátedras, infundieron ese espíritu, ese ambiente, a que antes me referí, en una reina anterior a él, que



Vera Sergine, la ilustre actriz francesa que ha venido a actuar en el teatro de la Princesa, es hoy día la artista más interesante, la más humana y la más sincera de cuantas suscitan la admiración en los teatros de París.

En 1900-1901, en el Ayuntamiento del barrio VI de París, el artista Cealis explicó un curso de declamación, y una de sus alumnas más aprovechadas fué Mlle. Vera Sergine (nacida el 18 de agosto de 1884), que siguió esos estudios de dicción sin que lo supiesen sus padres.

Después de haber recitado, con éxito, poesías en los salones, consiguió el permiso de sus padres para dedicarse al teatro y prepararse en el Conservatorio, en el cual entró en octubre de 1902, formando parte de la clase de Le Bargy. De allí salió en 1904, con primer premio de tragedia en el papel de Casandra de las «Erynnies».

En seguida fué contratada en el Odeón, en el cual hizo su debut en 1904 con la obra «Armide et Gildis»; luego consiguió triunfos en los «Vendres dores», «Le cœur et la loi», «L'étrange aventure» y «L'étoile de Seville», pasando después al teatro Ambigú, para representar «La môme aux beaux yeux».

En 1910, luego de haber creado «Jacques» en el teatro Rejane, volvió al Odeón para interpretar «Un soir», y después al teatro Des Arts para crear «Le Carnaval des Enfants».

Contratada en el Vaudeville, interpretó «Bel-Amis» e hizo la reprise de la «Robe roneje» en el teatro de la Porte St. Martin.

En 1913 creó «Alsace» (teatro Rejane); «Helene Ardormir» (teatro Vaudeville) y «Leurs filles» (teatro Nouvel Ambigú).

Desde 1915 hasta el día su carrera ha sido una serie no interrumpida de grandes triunfos, que culminaron en octubre último, con la interpretación de «L'Insoumise» en el teatro Antoine, y ahora, en abril, con la reprise de «Resurrection, de Tolstoy, en el Odeón.

acaso contribuyó a que naciera con las delicadezas de su alma... ¿Qué importa anacronismo tan insignificante y excusable? Marquina y Ardavin han mezclado barro de Talavera Fajalauza con bizcocho de Sèvres y kaolin de Meissen, Capo di Monte o el Retiro. Una figura de Sajonia puede muy bien representar a nuestra Reina Luisa Isabel. Toda manifestación de arte o literatura posterior a una persona o un acontecimiento se inspira a veces en una y otro. Lo imposible, lo absurdo, sería lo contrario. Los poetas de *Rosa de Francia* marchan, pues, sobre terreno seguro, verosímil, en el que la historia no se falsea con imposibles.

Que un marido se enamore de su mujer al encontrarse con ella buscando una aventura fácil en un círculo social inferior al suyo, es tema ya explotado por varios autores, dentro y fuera del teatro. En nuestra historia tenemos el caso de Pedro II de Aragón y su esposa María de Montpellier, que cuenta con todo detalle Ramón Muntaner en su *Crónica*. Sin ese acontecimiento no hubiera nacido quizá Jaime I el Conquistador. Una comedia de Javier Santero titulada, si no me equivoco, *Los guantes del cochero*, viene a ser cosa parecida, y si queremos volar sobre Pegaso y remontarnos a los orígenes de la poesía y llegar a los manantiales del folk lore, no será difícil que nos encontremos con el asunto de *Rosa de Francia* en un cuento sánscrito o arábigo del *Panchatantra* o del *Calila y Dimna*. Mas por lo mismo que está muy explotado y ha corrido desde siglos por todos los países y todas las literaturas, el argumento gana en interés, confirmando una vez más el hecho de que los hombres prefieren lo ya sabido y oído durante muchas generaciones. Todo el encanto de los cuentos de Perrault está en que no son originales. Se ve a la legua, se les nota el peso de los años, el desgaste de haber rodado por numerosos pueblos, razas y costumbres. En temas que pueden concretarse y reducirse a líneas esquemáticas combinadas después en varias formas según la inspiración, el genio, el talento y la habilidad del autor, el problema consiste en el atavío, en la factura, en el contenido, ya que el continente, el molde, se da de antemano.

Marquina y Ardavin no han despreciado ningún elemento de esta poesía versallesca del siglo XVIII, ya llevada al teatro español por Valle Inclán en su *Marquesa Rosalinda*. Versos y músicas a la luz de la luna, escalas de seda por donde se deslizan mujercitas deliciosas de un balcón de Palacio al parque de plata; rumor de fuentes, cisnes en lagos tranquilos... todo el aparato plástico y musical de un *Cuento de Infantas* aparece aquí, cada pormenor en su sitio, cada nota vibrando a compás. Los versos traducen la melodía de un minuetto que sonara en un xilofón. La acción es ritmo que acaricia, deleita, descarga el alma de pesadumbres y contrariedades.

Carmita Oliver Cobeña se amolda perfectamente al tipo de Luisa Isabel que los autores han imaginado. Hace una niña traviesa con buen fondo que de nada se asusta es cierto, pero que es incapaz de faltar a sus deberes de esposa y de reina y discurre con admirable buen sentido.

La presentación escénica deja mucho que desear. El escenario del Rey Alfonso no se presta, lo comprendo, a espectáculos de esta clase, pero el resultado es que *Rosa de Francia* no luce allí como debiera y se pierden muchas de sus bellezas.

LUIS ARAUJO-COSTA.

UNA PEREGRINACION ESPAÑOLA

CUANDO estas líneas vean la luz en las autorizadas columnas de VIDA ARISTOCRÁTICA, estará de regreso en España la importante peregrinación que ha visitado la Ciudad Eterna, bajo los auspicios de la Confederación Nacional de Congregaciones Marianas Españolas y organizada por los inteligentes y previsores Padres Pedro M. Ayala y Mariano Ayala, de la Compañía de Jesús.

El católico Monarca que ha sabido conciliar una *allure* moderna con el viejo, tradicional acatamiento de la Monarquía hispana a las verdades religiosas y a la confesión viril y pública que ellas exigen más que merecen, quiso hacerse presente en esta piadosa manifestación y tuvo el acierto de confiar su augusta representación al señor marqués de Rafal, un grande de España, en cuyas manos nobles—con nobleza de cuatrocientos años de abolengo—había de estar, como ha estado, muy dignamente esa alta encomienda.

En el orden religioso, llevó la presidencia de la peregrinación el insigne purpurado, honra de la Iglesia española y del Sacro Colegio, Cardenal Benlloch.

Constituida la peregrinación por miembros de las Congregaciones de la Virgen de toda España, había en ella núcleos de peregrinos de toda condición y de toda edad, puesto que en ella han figurado grupos de adolescentes, venidos de los Colegios más acreditados de la Compañía de Jesús, niños casi, que han resistido con toda energía las molestias de un viaje de tres y cuatro días de tren, pasados con la frente pegada al cristal de la ventanilla, gozando de las esplendides del panorama de la incomparable CostaAzul, el piadoso resplandor de las luces de la gruta de Lourdes o los bucólicos efluvios de los paisajes toscanos, que se sucedían ante su retina avizora, curiosa e incansable.

Ya en la Ciudad Eterna, las emociones se han aglomerado sobre el espíritu, obligándole a continuas reacciones, cuyo factor común eran la piedad acendrada y la admiración artística...

Primero, una misa en la histórica Iglesia de San Ignacio, en que el oficiante fué el Reverendo Padre general de la Compañía de Jesús, Padre Ledochowsky, un polaco eminente en letras y en virtud, transparente como una hostia, de blancos cabellos y hablar y andar casi ingravidos... Cuando salió a la nave del templo le daban como escolta de honor, cuatro gallardos cadetes de Toledo, de uniforme de gala, procedentes de la congregación Mariana que en aquella Academia—el rey es congregante honorario—rige el Padre Eliseo de La Torre, un jesuita inteligente y bondadoso, especie de coronel adventicio de la expedición. El grupo producía singular emoción, acrecida por un organista comprensivo que ejecutaba en el sacro instrumento la Marcha Real...

Y fué luego una misa y comunión en las Catacumbas de San Calixto, celebrada por el Padre Torres para sus Caballeros del Pilar y de San Francisco de Borja, de Madrid... ¡Inefable momento de evocación! Fué la misa, celebrada según el rito primitivo, es decir, de cara al pueblo, en el mismo lugar en que fué degollado, diciendo misa, con sus diáconos, el Pontífice Sixto II. Los hierros retorcidos de los candeleros, las oscuras paredes terrosas de la cueva, los lejanos cánticos rituales, los fugitivos resplandores de los cirios encendidos en otros parajes de las Catacumbas... ¿Cómo

concretar el cúmulo de impresiones imborrables de esta evocación de aquel cristianismo militante, junto al cual nuestra fe comodona y llena de distingos es casi un bochorno?

A la salida del ágape eucarístico, el cuerpo agradecía la tibia caricia del sol, en las largas avenidas de cipreses—¡esos magníficos cipreses italianos, que parecen una milicia de oraciones alineadas cara al cielo en el azul inmarcesible!—, y a cuyo final, se dibuja en la neblina matinal la cúpula de San Pedro, como una afirmación definitiva...

Y, tras las adoraciones de reliquias conmovedoras y las admiraciones de los Museos y las Basílicas, únicos en el mundo, la grande, la solemne Misa Papal, en la Capilla Sixtina, en que la Santidad de Pío XI quiso, primero, repartir el Manjar Eucarístico de su misma mano ungida a todos los miembros de la peregrinación, y en ese acto, vistieron uniformes vistosos y solemnes, ya el marqués de Rafal, como representante del Rey, ya Juan Silva, hijo del marqués

Y al acabar un desbordamiento de entusiasmo, de amor filial, de afectos patrióticos y religiosos, fundidos, confundidos, puso el sello a la piadosa expedición, que en aquel instante lo graba la máxima recompensa de todas sus fatigas y sacrificios. Ver al Papa..., oír al Papa..., recibir devota, rendidamente, aquella bendición que el suavísimo Pío XI daba... *Non soltanto per voi, cari figli miei, ma per tutti quanti voi rappresentate cui: i vostri vecchi venerati, i vostri figliuoli, la vostra famiglia, é, in somma, la vostra... la nostra diletta... prediletta Spagna!*...

Una solemne recepción en el Colegio Germánico, en que un sajón supo saludar a los peregrinos en excelente castellano, obteniendo elocuente respuesta en alemán de labios de Mariano Roca de Togores, a cuyo padre, el noble marqués de Rocamora, felicitaban luego cuantos habían asistido al gratísimo acto, cerrado por la penetrante palabra del General de la Compañía de Jesús...

Una fiesta en honor de los peregrinos, dada por la Congregación Mariana de Roma en el Colegio Pio Latino Americano, presidida por los Cardenales Ragonessi, Vicó y Benloch y el marqués de Rafal, en que hablaron el car. Mandotti, el Padre Provincial de Roma y el Director de la Congregación Prima Primaria; don Victor Espinós, en nombre de los Caballeros del Pilar de Madrid; un joven galonista de Toledo; un estudiante mejicano y para resumir, el elocuentísimo Padre Alfonso Torres, que hizo brillar una vez más la precisión de su palabra y la profunidad de su intencionado verbo, lleno de doctrina...

Después el regreso... El alma, llena de recuerdos inefables, y el cuerpo, recia pero sanamente fatigado. La fatiga pasará. El recuerdo de las horas inolvidables, no. La patria tendrá que agradecer no poco a estas expediciones en que se la ama más y se la conoce mejor, mezclándola con los afectos de adoración a la Patria sin fronteras, sin odios, sin rencores...

VIESMO.

Roma, Abril.

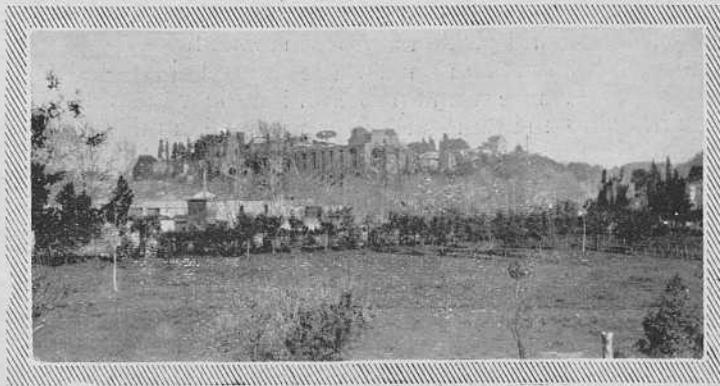
Ya se hallan, en efecto, de regreso en España los peregrinos que a Roma llevaron el saludo del Rey y el espíritu de los católicos españoles.

Por el anterior artículo, escrito por uno de los más ilustres excursionistas, habrán podido advertir nuestros lectores el encanto que ha tenido esta peregrinación. Organizada por personas de la calidad y de la respetabilidad de los Padres Pedro y Tomás Ayala, tenía que ser ejemplar tanto en sus fines como en su realización. Así se explica lo satisfechos que han quedado todos los expedicionarios, para quienes, según frase de ellos, «serán inolvidables las horas pasadas en la Ciudad Eterna.»

Ahora ha marchado a Roma una nueva peregrinación y, en España y en Francia, se organizan otras, inspiradas en los mismos sentimientos que la que llevó a su frente al Cardenal Benloch y al marqués de Rafal.

Esta constante visita de católicos al Vaticano, para prosternarse ante Pío XI y recibir su bendición, es una renovada manifestación de fe que irradia luego los beneficios recibidos por toda la Cristiandad.

Como dice muy bien Viesmo, los peregrinos españoles tuvieron, además, la gran alegría de escuchar de labios del Sumo Pontífice frases de afecto para nuestra nación, inolvidables.



Ruinas del Palacio de los Césares, vistas desde la vía Apia.

de Zahara y que hoy preside en Madrid los Luis, los cadetes toledanos... Otros vestían el frac y ostentaban las condecoraciones, nunca mejor puestas sobre el pecho palpitante de emoción...

Y más tarde, después de un grandilocuente discurso del Cardenal Benloch (junto al cual tenía su sitio el Cardenal Gasparri, como secretario de Estado, así como al lado de Rafal tomaba asiento el ilustre marqués de Villasinda, Embajador de S. M. cerca de la Santa Sede), habló el Vicario de Cristo. Suave, insinuante, dulce en el acento y en el ademán, dedicó inolvidables palabras de aliento, de consuelo y de elogio a España, a Alfonso XIII, a los peregrinos... ¡*La vostra... la nostra diletta... prediletta Spagna!*...



El famoso Arco del Druso en Roma.

(Fot Satué)

EN LA MUERTE DE SARAH BERNHARDT

En ce temps sans beauté, seule encore tu nous restes.
Sachant descendre, pâle, un grand escalier clair,
Ceindre un bandeau, porter un lys, brandir un fer,
Reine de l'attitude et Princesse des gestes.

En ce temps sans folie, ardente, tu protestes!
Tu dis des vers, tu meurs d'amour; ton vol se perd.
Tu tends des bras de rêve, et puis des bras de chair,
Et, quand Phedre paraît, nous sommes tous incestes.

Avide de souffrir, tu t'ajoutas des coeurs;
Nous avons vu couler—car ils coulent, tes pleurs!—
Toutes les larmes de nos âmes sur tes joues.

Mais aussi tu sais bien, Sarah, que quelquefois
Tu sens furtivement se poser, quand tu joues,
Les lèvres de Shakespeare aux bagues de tes doigts.

(EDMOND ROSTAND, 1896).

CONOCÍ hace dos años a Sarah Bernhardt, o mejor dicho, he conocido dos fases, dos personalidades de Sarah: la leyenda, el prestigio de la artista incomparable; muchas veces contemplé, en revistas antiguas, ese perfil característico de la Bernhardt, cuyos puros rasgos acusan el talento y la genialidad. Era la mujer que cautivaba al mundo entero, amando y muriendo en escena, haciendo viajes fantásticos, lanzando modas extraordinarias, durmiendo en su ataúd. ¡Sarah Bernhardt! Su nombre es evocador y prestigioso, como los nombres célebres de la historia. Conocí, en suma, esa aureola de mujer interesante, extra-

ña, que ella, de un modo más o menos sincero, supo crear.

Cuando, aún no ha mucho tiempo, vino Sarah a Madrid, era una mujer despojada de sus fantasías y sus fastuosidades; más humana, porque era dolorosa.

Venía arrastrándose, en plena decadencia, como una sombra de sí misma. El Ateneo, donde se le tributó un gran homenaje, ofrecía brillante aspecto. La concurrencia, muy numerosa, esperaba con verdadera expectación a la trágica eximia.

«¡Sarah Bernhardt!—me decía yo, realmente emocionado—. ¡Voy a conocer a Sarah Bernhardt!»

Llegó, por fin. Parece que el arte y el talento de la mujer privilegiada embellecieron, por encima de todo, la desgracia y la miseria de su vida. Aquel accidente, sufrido en 1915, que determinó la amputación de una pierna, sólo prestó a su figura encanto y majestad.

Llevada en andas, al entrar en el Ateneo, no era una pobre mujer desvalida, sino una reina suntuosa en su palanquín.

Los años, impíos, no respetaron el privilegio de Sarah; y, sin embargo, aún tuvo un gesto de gracia y de elegancia incomparable para saludar al pú-

blico, agradeciendo la ovación, y su sonrisa conservaba todavía una seducción infinita.

La voz dulce y trémula, la voz que de un modo incomparable expresó el dolor y la ternura, el odio y la pasión, la voz de oro, se ha callado para siempre.

Las divinas manos que sabían adoptar el gesto de la súplica y del desafío, que sabían crisparse y acariciar, se cruzaron definitivamente sobre el corazón yerto.

El autor de los versos que encabezan estas líneas murió también. En Arnaga (Cambo), el retiro de elegancias versallescas, donde los bustos de Cervantes y Shakespeare blanquean, entre avenidas de boj y lagos de leyenda, vaga, augusta y romántica, la sombra del poeta. ¡Edmond Rostand! ¡Sarah Bernhardt! Dos genios que desaparecen y una bella época que se va.

Pero no importa. La muerte, con todo su poder, no iguala a todos. Cuando el genio culmina, señalando una página en la historia, ¿qué es la muerte sino Inmortalidad?

AGUSTÍN DE FIGUEROA.

EL DUQUE DE NOCHERA CABALLERO DE CALATRAVA

Recientemente se reunió en la iglesia de la concepción Real de Calatrava, el capítulo de la Orden Militar de este nombre con las de Alcántara y Montesa, para armar caballero y vestir el hábito de aquella a D. Alfonso Falcó y Gándara, duque de Nochera, barón de Benifayo, hijo de los príncipes Pío de Saboya.

Las grandes simpatías que esta ilustre familia goza en la sociedad madrileña pusiéronse bien elocuentemente de relieve con la numerosa y muy distinguida concurrencia que asistió a la ceremonia.

El templo había sido preciosamente adornado, y aparecía iluminado espléndidamente.

La Reina Doña Cristina que tanta estimación y afecto profesa a su mayordomo mayor, no quiso dejar de asistir al acto, asociándose al homenaje de simpatía de las familias aristocráticas.

La augusta señora fué recibida bajo palio y pasó a una de las tribunas laterales, desde donde presenció el cruzamiento.

En seguida comenzó el acto, que fué presidido por el conde mayor de Aragón, duque de Fernán Núñez.

Bendijo el hábito el capellán de las Ordenes Militares, D. Gonzalo Morales de Setién.

Fuó padrino del duque de Nochera el marqués de Laurencín, y le calzaron las

espuelas el marqués de Acha y D. Joaquín Maldonado.

Entre otros Caballeros de las Ordenes asistieron, además, los duques del Arco, Almazán, Santa Cristina y Aliaga; el príncipe Pío de Saboya, marqués de Castel Rodrigo; los marqueses de la Torrejilla; Romana, Melgarejo, Vega de

Fernández Villaverde, Sánchez Amoragas, Eizmendi, Gordon Wardhouse, Azuela, González de Castejón, Suárez Guanes, Pérez de Guzmán, González de Gregorio y Alcázar (don Serapio y don Luis).

A los lados de los bancos destinados a los caballeros, se hallaba la selecta concurrencia, en la que figuraban la princesa Pío de Saboya, las duquesas de Fernán Núñez, de Pinohermoso, Unión de Cuba, Plasencia, San Pedro de Galatino, Vistahermosa y Hernani; marquesas de Valdefuentes y Valdeiglesias; condesas de Heredia Spínola, Aguilar de Inestrillas, Velle, Vado y Mirasol; las señoras y señoritas de Falcó y Alvarez de Toledo, Martos y Zabálburu, Proctor y muchas mas.

También se hallaban el embajador de Francia y madame De-france, y el embajador de Bélgica y la baronesa de Borchgrave.

Terminado el acto, el duque de Nochera recibió las felicitaciones de los concurrentes, y, en primer término, de la Reina

Doña Cristina.

Su Majestad fué despedida por todos los caballeros, que la acompañaron hasta su automóvil.

El numeroso público que frente a la iglesia se había congregado, en la calle de Alcalá, tributó a la augusta dama una cariñosa ovación.



El duque de Nochera después de su cruzamiento como caballero de la Orden de Calatrava.

(Fot. Marín.)

Anzo y Casa Real; los condes de Heredia Spínola, Elda, Torrejón, Vilana y Casa Puente; el vizconde de Roda, y los señores Dalmau, Castillo, Luna, Márquez (don Juan), Espinosa de los Monteros (don Fernando y don Carlos), Díez de Rivera, Martos y Zabálburu (don Francisco y don Luis), Muguero, Acha,

UNAS JOYAS FANTÁSTICAS

Las primeras casas de Madrid cuya finalidad es embellecer nuestra monótona vida, ofreciéndonos obras de arte y de buen gusto, han participado en la Primera Exposición de la Moda.

Entre las vitrinas más notables, no cabe duda de que la de los Sres. Mellerio hermanos era de las más interesantes. Hace ya setenta y cinco años que estos célebres joyeros de la rue de la Paix están establecidos en la Corte, y puedo asegurar que muchas de las joyas

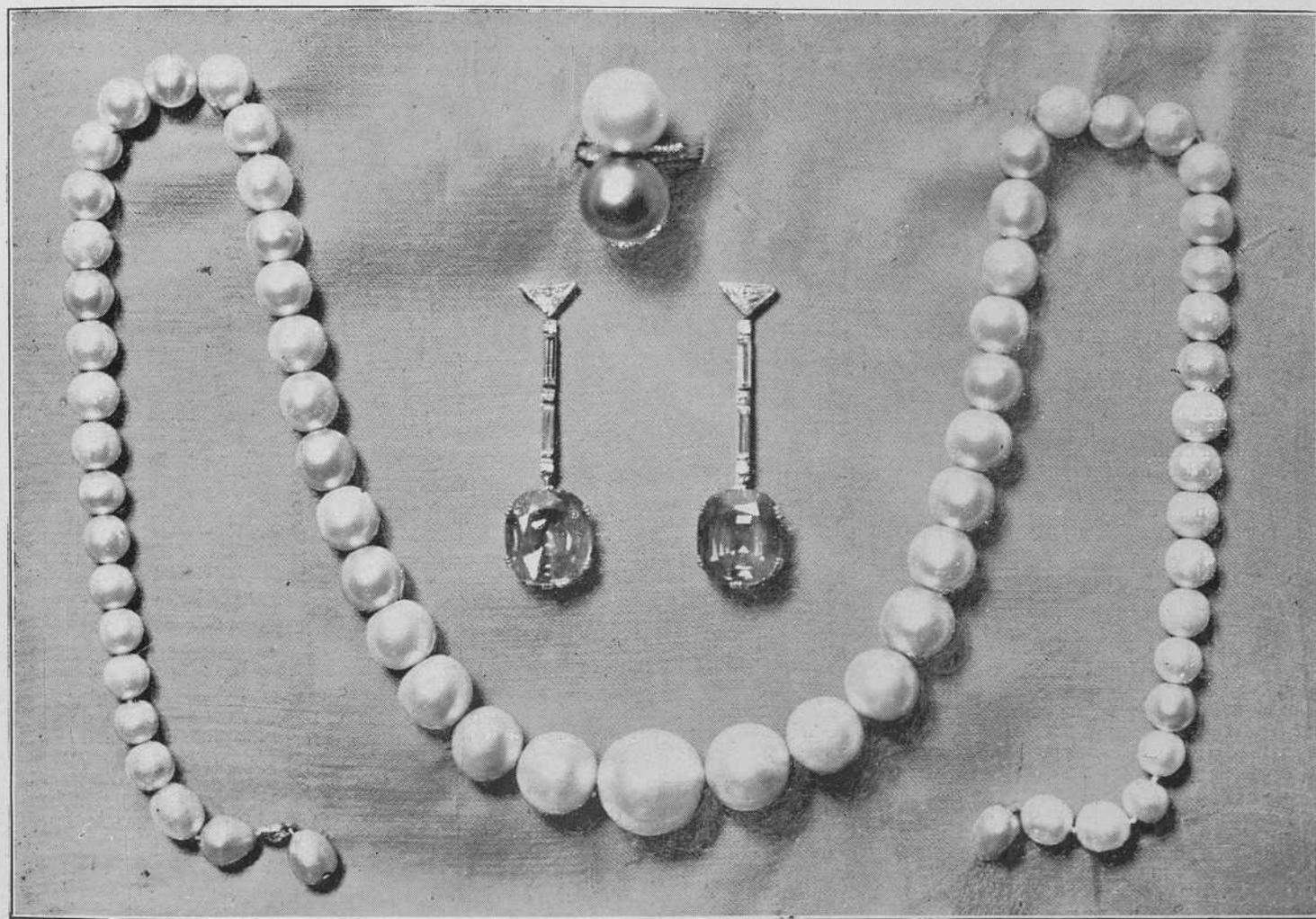
Por desgracia, muchas personas se figuran que son elegantes porque ostentan valiosísimas alhajas, de tamaño colosal, sin fijarse en su calidad.

La perla, especialmente, necesita una atención particular: hay diversas razas de perlas. Las más bellas y valiosas nos llegan de la India y provienen de ostras de pequeña dimensión; así, estas perlas orientales no alcanzan al tamaño de los centros de collar más que después de muchos años; por eso no debemos extrañar su valor y su escasez; tanto más

En el centro, un par de prodigiosos zafiros, que provienen de la célebre mina de Kashmir, cercana al Afghanistan; son éstos los únicos zafiros que conservan, tanto a la luz del día, como a la artificial, su color azul.

Este par, montado con brillantes «de forma», constituye para los entendidos una joya inestimable, pues ninguno se acuerda de haber visto un acoplamiento de zafiros de tanta belleza.

Otra joya es una sortija formada de dos perlas, una blanca y una negra; las



que son el orgullo de nuestras aristocráticas familias provienen de las colecciones de Mellerio.

El arte del joyero no consiste solamente en presentar pedrerías raras y de gran valor intrínseco, sino en poner en valor dichas piedras, armonizarlas entre sí y conseguir un efecto artístico, para que puedan realzar la belleza de la mujer que luego las llevará.

El arte del joyero se asemeja al del pintor y del dibujante. Para ciertas piezas es preciso combinar los coloridos de diversas piedras. Para una diadema o un brazalete, por ejemplo, hará falta inspirarse en los estilos más remotos.

si se tienen en cuenta los trabajos incansables que realizan, desde hace siglos, los pescadores de perlas.

Por diversas razones técnicas y estéticas, nunca las perlas de Australia, de Panamá, ni de ningún otro país, llegan a la belleza y al valor intrínseco de las perlas de Oriente.

En todo esto pensaba yo el otro día viendo la vitrina de los Sres. Mellerio, en el Palacio de la Moda.

Merced a la amabilidad de dichos señores, he podido obtener para VIDA ARISTOCRÁTICA una fotografía que reproduce, a su tamaño natural, algunas de las más admirables joyas que han expuesto.

dos son deslumbrantes, por su particular esplendor.

Y por último, va en la fotografía el collar de 67 perlas, que pesan 1.350 granos, y son todas orientales y vivas como brillantes.

Este collar es uno de los más célebres del mundo. ¡Cuántas nobles damas soñarán con él! Y es que ese collar, no solamente por sí mismo representa una forma, sino que es también la joya soberana y femenina por excelencia.

Como se habrá visto es, no ya difícil, sino imposible superar la colección de joyas presentada por los Sres. Mellerio.

FEMINA.

UNA VISITA A VALLADOLID

LAS BELLEZAS DE LA CIUDAD HIDALGA QUE FUÉ CORTE



Portada del antiguo Colegio de San Gregorio, fundado por los Reyes Católicos.

PARA un madrileño, visitar Valladolid es algo parecido a darse un paseo por un segundo Madrid. Todo parece que le es familiar: las casas, las calles, los paseos... hasta muchos edificios. Y a este encanto une la visita el extraordinario de las muchas bellezas artísticas que la noble ciudad castellana atesora.

El viajero que desde nuestra capital se dirige al Norte de España, se encuentra, después de pasar la estación y el puente de Viana, agradablemente sorprendido por la vista de la extensa y fértil llanura regada por el Pisuerga y el Esgueva, en cuyo centro se extiende Valladolid. Bien se echa de ver, por lo extendido de su caserío, por las torres de sus templos, por las chimeneas de sus fábricas y por la belleza de sus paseos, que Valladolid es una ciudad a la moderna, muy superior en importancia a sus hermanas las capitales de los antiguos reinos de León y Castilla la Vieja.

«En su formación y planta—escribió atinadamente Quadrado—ofrece Valladolid singular analogía con la presente Corte. Como ésta, empezó por un pequeño núcleo a orillas del río que al Occidente corre y alrededor del primitivo alcázar, que se trocó después en Monasterio de San Benito; como ésta, fué creciendo y redondeándose por Norte, Levante y Sur, manifestando en la irregularidad de sus extremidades la gradual inclusión de los arrabales en su recinto; como ésta, tiene al Oriente su Prado, que se interna en la población, si bien menos prolongado y harto más inculco que el madrileño. Lo que, empero, la distingue, son los dos brazos del Esgueva, riachuelo angosto, si bien a veces asolador como un torrente, que cruzan del Este al Oeste, casi paralelamente, la ciudad, el uno por medio de ella, en dirección algo oblicua, el otro describiendo en línea curva a su circuito meridional, y ambos desaguan, por separado, en el Pisuerga. Variedad en las perspectivas y abundancia de contrastes; magníficas plazas y sombrías plazuelas; simétricas y alineadas calles junto a viejas y tortuosas manzanas; brillantes tiendas y ruinosas tapias de conventos; focos de animación y movimiento en medio de yermos y silenciosos barrios; monumentos de toda clase y de toda época, descollando sobre caserío ya humilde, ya ostentoso: he aquí lo que encierra de preferente para el artista la Corte de los siglos medios respecto de la uniformidad de la moderna.»

Yendo de la estación a la ciudad, lo primero que se encuentra es el Campo Grande, con un hermoso paseo de frondosas alamedas con fuentes y estatuas. Llámase a esta extensísima llanura Campo de la Verdad, por ser este el paraje en donde se verificaban los Juicios de Dios. Allí también se encendían las hogueras de los autos de fe. Por la calle de Santiago se va a la Plaza Mayor, en donde está la acera de San Francisco, lugar de cita y centro

de reunión de toda la población vallisoletana.

Cerca de la Plaza Mayor está la Plaza del Ochavo, hoy convertida en una encrucijada, y en cuyo centro se alzó un día el cadalso en que fué decapitado el famoso D. Alvaro de Luna, valido de D. Juan II.

En la parte de la ciudad situada al Norte de la Plaza Mayor se encuentran la Universidad, con su portada churrigueresca; San Pablo, prodigio del arte gótico, morada primero y sepulcro durante algún tiempo de D. Juan II; el Colegio de San Gregorio, cuya fachada y patio tienen las primorosas y prolijas labores del estilo plateresco; el hospital, que fué vivienda de Pero Ansuérez, el Peranzules de los romances; San Martín, con su torre bizantina; el Palacio Real (frente a San Pablo) y la casa del conde de Rivadavia, donde nació Felipe II. Por esta misma parte de la ciudad está La Antigua, con su pórtico bizantino; varios caserones o palacios de los siglos XVI y XVII, y el teatro de Calderón, uno de los mejores de España.

Sobre el brazo Norte del Esgueva, hállase el prado de la Magdalena, con hermosos jardines. Junto al prado, por la parte del Poniente, están la Cancillería o Audiencia, con la cárcel, vasta y severa construcción del siglo XVI, la iglesia de San Pedro y la de las Descalzas Reales. Al Mediodía del prado de la Magdalena está la parroquia de este nombre y el monasterio de las Huelgas, que ocupa el palacio de D.^{ña} María de Molina, y en el centro del cruce de su espaciosa y renovada iglesia guardanse las cenizas de la magnánima Reina en una urna gótica con la estatua de dicha señora en alabastro. En este prado se encuentra también el Hospital Provincial, magnífico edificio moderno, con todos los adelantos y todas las condiciones higiénicas que exige la ciencia.

Por toda la ciudad abundan los recuerdos históricos. En la calle Teresa Gil vivió esta famosa rica-hembra y nació Enrique IV. La iglesia de Dominicos de Portaceli guarda los restos de D. Rodrigo Calderón. En la Plaza del Campillo se halla la casa en que vivió Miguel de Cervantes. En la del Hospicio está la casa del conde de Benavente, y cerca del río el convento de Santa Teresa, y en la calle de Juan de Juni, señalada con el número 7, está la casa en que murió Colón.

Pero esta somera relación de las bellezas de Valladolid no es suficiente para dar cabal idea de todo su mérito artístico. Aparte de la casa de Cervantes, obra artística y cultural de gran importancia, de la que algún día hablaremos con el detenimiento que merecen ella y el Comisario Regio del Turismo, marqués de la Vega Inclán, son dignos de especial descripción algunos edificios religiosos y civiles, y, sobre todo, el magnífico Museo de Escultura.

La autorizada pluma del ilustre académico D. José Ramón Mélida, describió en cierta ocasión estas bellezas arquitectónicas y escultóricas. Hable ahora por nosotros el competísimos crítico de arte: «El más antiguo de los monumentos arquitectónicos de Valladolid es la iglesia de Santa María de la Antigua, que se anuncia por su

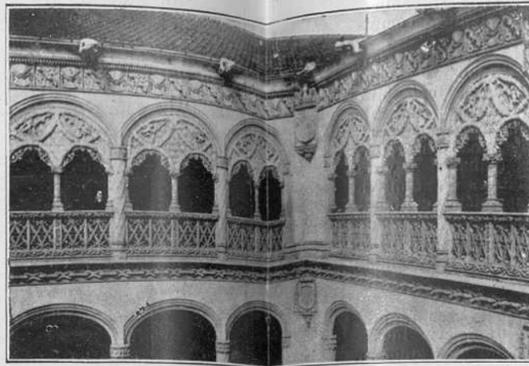


Fachada de la Universidad, hermoso ejemplar del arte barroco.

alta torre cuadrada, hoy en restauración, y en la que los ventanales de medio punto, más el agudo chapitel piramidal, revelan ser obra debida al estilo románico correspondiente al siglo XII, del que también data el pórtico, que se conserva a un costado. Otra torre análoga ya del siglo XIII, como lo determinan sus arcos apuntados y robustos, es la de la iglesia de San Martín. Y notable monumento medioeval es también un arco mudéjar construcción antigua de ladrillo que existió junto al Campo Grande.

Pero no son estos venerables y modestos monumentos los que representan el apogeo histórico de Valladolid, la ciudad preferida por Isabel de Castilla y Fernando de Aragón para celebrar aquel enlace dichoso por virtud del cual había de realizarse la unidad nacional, y donde más tarde habían de fijar su corte los Reyes españoles, en los días de mayor grandeza que nuestra historia registra. Pocos, pero notables, son los monumentos que allí representan aquel gran período cuyo comienzo se anuncia en el siglo XV y su terminación en el XVII. Sobresale entre ellos el antiguo Colegio de San Gregorio, fundación de los citados Reyes Católicos, cuyo escudo sustentado por el águila y por dos leones que apoyan sus ga-

rras en un árbol, entre cuyas ramas juguetean niños, campea en la fachada, sobre la puerta flanqueada de contrafuertes exornados con elegantes figuras bajo doseletes, constituyendo este conjunto decorativo uno de los más ricos y originales que de aquel tiempo se conservan. No es menos interesante el interior del edificio, sus dos patios, elegante el primero por la sencilla traza de los pilares, bello el segundo por la afiligranada labor de antepechos y arcadas que revelan, en el trazado geométrico de su adorno y en sus calados, la influencia del gusto árabe en el estilo gótico florido y el plateresco; notable la escalera con techumbre morisca de alfarje que forma peregrina laceria.



Artística y elegante galería del patio de San Gregorio.

Contigua a esta magnífica fábrica se halla otra que no lo es menos: la iglesia de San Pablo, de antigua fundación y brillante historia, pues en su recinto se reunieron más de una vez las Cortes de Castilla. Lo que en el aspecto artístico la avalora es la restauración hecha por el Cardenal Torquemada en 1463, y que se anuncia por la soberbia fachada, en que el gusto gótico florido extremó su riqueza profana y brillante, su afición a las ondulaciones de la línea en conopios, ménsulos y doseletes, su variedad de asuntos y multiplicación de figuras. Un gran retablo parece esta interesante fachada.

Cerca de la iglesia, frente a uno de sus costados, se ve el palacio de Carlos V, construcción de estilo plateresco, en la que hay una ventana de ángulo, no solamente curiosa por su decorado, sino por la tradición de haber sido utilizada como paso a la galería improvisada por donde fué llevado a bautizar el Príncipe D. Felipe, que fué el segundo y famoso Rey de este nombre.

Otro buen edificio de estilo plateresco es el Colegio de Santa Cruz, cuya construcción, debida al arquitecto Enrique de Egas, fué realizada de 1840 a 1492. Sus amplias salas y galerías son las hoy ocupadas por los Museos de Bellas Artes y Arqueológico.

Pero antes de visitarlos, y para dar por terminado el examen de los monumentos más importantes, hay que fijar la atención en la catedral, obra de Juan de Herrera, el famoso autor del Monasterio del Escorial, que la realizó después que éste, pues hubo de comenzarla en 1585, dejándola sin acabar. Su estilo, herreriano puro, es el clásico, correcto y un tanto frío del segundo período del Renacimiento.

Y, en fin, no debe olvidarse la Universidad, cuya fachada barroca, graciosa y elegante, coronada con estatuas de Reyes, es uno de los más bellos ejemplares que de su género se conservan en España.

Aun antes de entrar en el Museo, te recomiendo, lector, la visita de otra iglesia, la del convento de Santa Ana, y no por el mérito arquitectónico de ella, que solamente es un ejemplar estimable del gusto neo-clásico del siglo XVIII, cuya traza en pequeño es la misma que la de la iglesia matritense de San Francisco le Grande, sino porque en tres de sus altares hay otros tantos lienzos de Goya, muy curiosos, por cierto, en la producción de tan genial maestro. Otros tres lienzos que hay enfrente son de Bayew.

Un monumento moderno citaré: el de Colón, obra genial de Susillo. Dos son en rigor, como queda dicho, los Museos de Valladolid, que uno sólo parecen al visitante, pues en las colecciones expuestas encuentra reflejada la historia de las Artes locales, y, singularmente, su brillante desarrollo, bajo la protección inmediata de los Reyes. Pinturas, esculturas, monumentos arquitectónicos, sillerías de coro, arcos pintados y talladas, telas, cerámica, bronce, constituyen series interesantes cuyo estudio pide tiempo y su mención más espacio del aquí disponible. Pero entre esas series se destaca por la importancia y por el número de las obras que la componen, la de Escultura.

La sillería del coro de la misma iglesia, hoy instalada también en el Museo y erróneamente atribuida a Berruguete, es una excelente obra de talla, de estilo del Renacimiento, cuyo autor es Andrés de San Juan, vulgarmente llamado de Nájera, cuyo estilo recuerda el del Donatello.

Aún más interesantes son las obras de Juan de Juni, otro artista del siglo XVI, de origen flamenco. Lo principal que de él se halla expuesto es una gran composición de retablo, que representa el enterramiento de Cristo, cuya figura yacente aparece en su sepulcro, rodeada de los personajes principales del drama del Calvario, dominando en todos la nota patética expresada con pasión, que es la principal característica del estilo algo italiano del autor.

Otra obra suya notable es la figura de Simón Cirineo, perteneciente a un paso de Semana Santa de una colección de varios que debieron ser hechos bajo su dirección, y en los cuales las figuras de los judíos son muy curiosas, tanto por la expresión de sus actitudes como por sus trajes de gusto flamenco, y asimismo por su gran carácter decorativo.

La serie de obras de talla policromada se completa con las del escultor Gregorio Fernández, llamado vulgarmente Hernández, muy estimado de Felipe III, y uno de los artistas que representan el estilo propiamente español. Suya es la magnífica imagen de la Virgen de las Angustias, que aún se venera en la iglesia de su advocación en Valladolid. En el Museo hay un hermoso grupo de la Piedad, una preciosa imagen de Santa Teresa y dos importantes relieves, el bautismo de Cristo y San Simón Stok, que le representan cumplidamente.

Por último, citaremos las dos soberbias estatuas orantes de los duques de Lerma, hechas para su sepulcro, cuyos modelos hizo Pompeyo Leoni y que fundió Juan de Arfe, existiendo de estos y otros pormenores de la ejecución muy curiosos documentos.

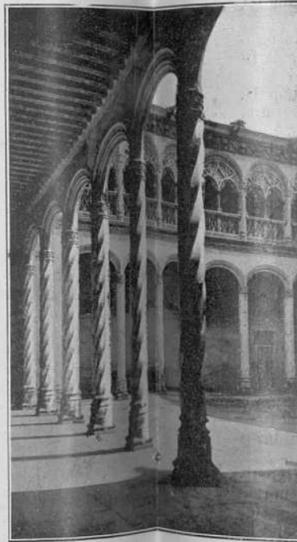
Con estos juicios del Sr. Mélida, y con lo que antecede, creemos haber demostrado nuestra afirmación de que Valladolid merece la atención de todo amante del buen gusto que quiera conocer los valores artísticos de España.

Pero aún hay otros edificios en la antigua ciudad castellana que merecen la atención de todas las personas cultas. Tal, por ejemplo, la llamada «casa de Felipe II», en la que se ve la enrejada ventana por la cual, según la tradición, fué sacado el Monarca, siendo niño recién nacido, para ser bautizado en la inmediata iglesia del monasterio de San Pablo, en donde le administró el primer sacramento el Arzobispo de Toledo don Alonso de Fonseca; bautizo que no fué solemnizado con festejos populares, porque el Emperador Carlos V los suspendió a causa del gran efecto que en su ánimo produjeron el asalto y saco de Roma y la prisión y cautiverio del Papa Clemente VII.

Muy interesante también es la visita a la «casa de Cervantes», donde es notorio que vivió el famoso manco de Lepanto, y en la que ahora, por virtud de la Comisaría Regia del Turismo y del Comisario, marqués de la Vega Inclán, encuentran los estudiantes y aficionados a las artes y a las letras ancho campo donde recrear y cultivar su espíritu.

Valladolid, antigua Corte española, cuna del Arma de Caballería, patria de Zorrilla, reina de las llanuras castellanas y tradicionalmente leal a la monarquía, es por su pasado digna de los mayores respetos y admiraciones. Dios la procure en su porvenir venturosos días en que acrezca su prosperidad.

De esperar es que esto suceda, a juzgar por el noble esfuerzo que, en los distintos órdenes de su actividad, realiza en el presente.



Una de las más bellas perspectivas del mismo patio.



«Cristo yacente». Famoso grupo escultórico de Juan de Juni, existente en el Museo de Valladolid.



Vista exterior de la Catedral de Valladolid, obra de Juan de Herrera.

de la iglesia matritense de San Francisco le Grande, sino porque en tres de sus altares hay otros tantos lienzos de Goya, muy curiosos, por cierto, en la producción de tan genial maestro. Otros tres lienzos que hay enfrente son de Bayew.



Esquina de la casa de Felipe II

UNA NOTABLE CONFERENCIA SOBRE MODAS

Tenemos hoy el gusto de publicar íntegra la notable conferencia que la distinguida escritora, D.^a Salomé Núñez Topete dió el mes pasado en el Salón de la Moda, obteniendo un gran éxito. Su título fué: «Algo sobre los matices y algo también sobre los colores.» Y dice así:

Los matices!. Rodeados de ellos estamos, y a fé que son a cual más lindos los de las colgaduras, las colchas, las cortinas, los visillos, los muebles, los trajes, los abrigos, las medias, los zapatos, las pantallas, los biombos, las joyas, las alfombras, los mantones de Manila, los abanicos, las sedas, los terciopelos, las batistas y las gasas aquí expuestas.

Ello me lleva como de la mano a las siguientes modestas reflexiones que vuestra mucha indulgencia oirá con la posible resignación.

Los colores, a más de tener hasta cierto punto carácter propio, tienen que ver mucho con nuestros sentimientos.

Creo que alguien ha llamado a los colores y a las hechuras las vocales y las consonantes con que nos dice muchas cosas la Creación.

Si esas «vocales» y esas «consonantes» se reúnen en la luz, nos figuramos entonces que los sentimientos no podrán ser más esplendorosos.

No nos quejemos, no, de que la Naturaleza haya dejado algo sin matizar ¿Qué importa que el cielo, el aire y la niebla no tengan contornos, si el uno es tan precioso, el otro tan necesario y la otra puede ser poética?

¿Vuestros colores favoritos?. Me figuro cuales serán; los que la aurora en incomparable estuche os muestra antes de que el disco del sol se haga visible en el horizonte; colores que no se hallan aprisionados en ninguna forma, pero que permiten a la mirada que vaya desde la blancura del alba a la negrura de la noche, pasando asombrada por el amarillo-oro, el anaranjado, el rojo y ese azul oscuro que confina con las tinieblas, y penseis, al fijaros en las cosas bellas de la tierra y por consiguiente, en lo lujosamente primoroso:

—La blancura para la ropa de casa, la ropa de baile, la ropa de playa, la ropa de boda y las ropas de los niños; el amarillo para el gran salón de la suntuosa casa; el anaranjado, para algún biombo chillón, que nunca estorba; el púrpura para el damasco, el violeta y el rosa para ciertos trajes de vestir y el azul oscuro para la *toilette* estilo sastre. Pero esto sólo no basta.

Dícese, sí, que la mujer guiada por el sentimiento, concede a los colores mucha mayor importancia que la que le presta el hombre. Más vale que así sea, siempre que a más de quererles para acicalarse y lucir, los quiera para procurar que no la pongan de «oro y azul» por combinarlos mal, y también para sentir, para admirar todo el magnífico, el irrpionente efecto de la luz del día, y andando las horas, sentir también hondamente el misterio y la melancolía en la incertidumbre del anochecer, en la tristeza y majestad de la noche, ¡de cuyo color es nuestro luto!

Si hay países como la India y la China meridionales en el que el blanco es señal de duelo, será dicen, porque aquellos habitantes «morenitos de suyo» se creen más oscuros aún vestidos de negro.

Resultará, sea blanco o negro el luto, que éste se halla representado por un «no color» ya que así podemos llamar al blanco, lo mismo que al negro, por que éstos y los otros como la gradación también en los pesares se desvanecen en uno y se apagan en otro. Depende....

Convendréis conmigo en que un color suele ser poca cosa en sí. Un color adquiere verdadera importancia cuando contrasta o armoniza con otros matices.

El tono blanco, después de todo, si se da tono, tiene de qué: es franco, es leal, es todo luz; el sol se refleja en él, mientras que el negro, ya se sabe, es todo sombra. Resulta que ningún color posee, en absoluto, carácter propio, y necesita, lo mismo que la humanidad, acercarse a la brillantez, al «extremo claro», por su mezcla con el blanco, de igual modo que languidece aproximándose al extremo sombrío, por su mezcla con el negro.

Hijo amado de la luz es el amarillo. Hablando del arreglo de la habitación destinada a dormitorio y de que la mujer presumida busca los colores que contrastan con el de su tipo, se dice que, si es morena, prefiere para las paredes de su gabinete el amarillo pálido.

Los chinos, que son grandes coloristas, lo anteponen a los demás matices.

Verdad es que si el amarillo es algo soberbio,

tampoco le falta motivo: el sol, el oro, la luz, las mieses, son amarillos, y no necesitan compañía; pero si se acompaña del rojo, entonces es nuestro mejor compañero, porque representa la enseña amadísima de nuestra patria.

Pierde, el amarillo, si se reúne con el negro; en este caso, tiene algo de «bicho malo»: tigres, panteras y avispas son negros y amarillos.

El rojo, color de sangre, de salud, es, asimismo, color de muy hermosas flores, de muy lindas aves; color de dignidades, heroísmos y magnificencias. Principes de la iglesia, militares, antiguos templos y suntuosas moradas particulares y oficiales, lo lucen y ostentan, y en todos esos detalles domina, hasta en los teatros, para que las mujeres jóvenes, bonitas y bien ataviadas, resalten y resulten mejor.

Expresión de pureza es la del azul claro, que sienta muy bien a las jovencitas. Es matiz discreto, ideal; del mar tiene algo, del cielo tiene mucho. Nada se parece tanto al blanco como el celeste, y nada se asemeja tanto al negro como el azul oscuro, que suele ser, en opinión de algunos espíritus burlones, el tono de las que se dan tono de románticas y «no comprendidas.»

Mezcla de luz y de calor, de amarillo y rojo, el anaranjado, no queda únicamente, como antes dije, en biombo; queda también en el papel que le corresponde como decorador del Universo, como encargado de animar los conciertos de la aurora y aún los dramas del sol poniente, añadiendo numerosas vibraciones al espectáculo, siempre nuevo, grandioso siempre, de la caída de la tarde. Pero hay algo que lo tiene entristecido; le apena no poder mostrarse del todo galante con las mujeres, ya que en el adorno de éstas no debe él prodigarse; no les haría favor ninguno si fuera excesivo. No puede figurar en ellas más que como «color eco.»

Entre el azul y el rojo hay un color muy parecido también a algunas gentes; un color con marcada significación de ahogada opulencia, de oculta melancolía: el color violeta. Tiene cercano parentesco con el azul; sobre todo, con ese azul *pervenche* que causaba tanta tristeza a Rousseau.

El verde, matiz con que la Naturaleza ha revestido el campo, dándole distintos y a cual más preciosos tonos, es adecuado para servir de fondo a los otros colores. Armoniza que es un primer con todos los azules, con el rosa, el encarnado, los amarillos y el castaño, lo mismo en el campo que en diversos adornos, tanto en los trajes como en los muebles, sin que dejemos de reconocer que hay atavíos, únicamente verdes, de muy lindo efecto. Es risueño, modesto y tierno; despierta amables y dulces ideas, alguien sostiene que aviva los grandes recuerdos; da esplendor a la primavera, a las alegrías y por supuesto, a la vida que «la juventud del año» brinda. En el verde también reposa y se repone la vista. Únicamente es triston cuando va unido con el negro. Recuerda entonces las plantas que crecen en las ruinas, y tiene algo de lúgubre, de intolerante, de intolerable.

La moda, con sus verdes bellísimos, se hace simpática, eligiendo unos tonos que agradan y animan, desde el verde mirto al sencillo verde de la yerba fresca; el discolor y moteado de los matices y el inmutable y filosófico del pino; el verde acuarala de los castaños, y no digo nada el de los prados....

Todos los verdes son bonitos, hasta el de la rana y el del lagarto; el verde-loro es precioso, y no olvidemos ni el opaco verde de la malquita, ni el de la piedra jade, de tan enternecedor recuerdo para Tristán e Iseo; ni el precioso verde de pájaros y mariposas, ni tampoco el pulidísimo de ciertos botijos del mediodía de Francia; ni el verde mate de las sayas que usan las tirolesas, ni el de las porcelanas persas y chinas; ni el de la esmeralda, ni el de las hojas más bellas de los árboles y asimismo, ¿por qué no? el verde-pepino, que es un verde tan delicado como el verde-limón.

Dicen que el verde es «la reina de Saba de los colores.»

Es el color, vuelvo a decir, de la esperanza, y a él, precisamente, me acojo yo en espera de

que esta pobre conversación mía, no esté poniendo demasiado a prueba vuestra paciencia.

Poco hay que decir del gris, aun cuando tenga muchas y muy elegantes partidarias; color que resulta de la mezcla del blanco y negro o azul; favorece poco; las gruesas harán bien en desecharlo. Pero conste que la superfina Diana de Poitiers lo prefirió a todos para sus trajes.

En fin, lo muy sabido; no todo ha de ser absoluto. Ni los tonos mismos, aun siendo incompatibles, deben darse tono.

Insisto: en las modas tan bellamente presentadas aquí, ni en otras; tanto en los trajes como en los adornos, no puede tener gran lucimiento ningún color si se encuentra completamente sólo: casi siempre necesita algo más: una o varias flores, un lazo, un encaje, unas cintas, lentejuelas, trencillas, galones o abalorios, y así mismo otros tejidos, otros matices que también le acompañen, que le den expresión y contribuyan a su triunfo.

Y ahora le toca al calzado, y a la oportunidad de cierto espejo...

Me explicaré:

No deja de ser divertido eso de procurar adivinar bastantes secretillos de personas interesantes, acudiendo al estudio de su fisonomía. Hay quien se dedica a leer en los ojos; no faltan los que prefieren observar la boca o la nariz, o el ritmo del airoso andar, cuando no el movimiento de los brazos. También las manos hablan...

Los pies, diminutos o grandes, nerviosos o tranquilos, son tanto o más acusadores que la fisonomía, las brazos y las manos.

En todo tiempo, el calzado «ha hecho papel», lo mismo cuando los pies iban dentro de una hoja de palmera, que en la época en que los *muscadins*, presumían de llevar incomparables botas.

El siglo XVIII, espiritual, fastuoso, podría revelársenos casi por completo fijándonos en la audacia de sus tacones, en el exagerado lujo del material y en la inverosímil punta de la suela.

Las botas de Artagnan guardaban, por lo soberbias y grandes, cierta analogía con el carácter, con los colores del traje y con el sombrero del valiente Gascón. Otro tanto puede decirse de las botas, que más bien parecían fundas hechas de finísima piel, que usaba el buen rey Enrique, y de los escaupines de raso preferidos por Francisco I, así como de otros zapatos y botas que representan otras tantas historias más o menos agradables, que han podido ayudar a hacer la psicología de las sociedades.

La nuestra, nuestra época, dejará divertidas noticias. Sin embargo, quizá sean menos amenas que las unidas a aquellos zapatos del «gran siglo», a los otros de retorcida punta, a la sandalia griega, al coturno romano, y aún al rojo calzado de las frigias...

¿Era Maupassant quien comparaba con dos bonitos falderillos brincando entre el borde primoroso de una falda, los diminutos pies de una mujer encantadora?

Nuestro López de Ayala dijo más y lo expresó más poéticamente, puesto que los comparó a dos lindos niños jugueteando con unos vaporesos volantes...

Algo hemos oído criticar aquellas austeras y poco prácticas botas negras que, más o menos dóciles eran, en tiempos no muy lejanos todavía, las obligadas para paseo o callejeo; unas, en vez de botones, tenían elásticos; otras, las llamadas «de trencilla», adquirirían algún atractivo, aunque escaso.

Privaron no ha mucho las botas de negro tafilete charolado con la caña de paño gris o beige. Después quedó destronada la bota, y para todo, ¡hasta para los días más lluviosos!, vienen reinando los delicados zapatos, que cada vez hacen gala de más adornos y más lujo.

Lo mismo saliendo por la mañana que por la tarde; tanto si van ustedes de recepción como de teatro o baile, prefiriendo invariablemente el zapato primoroso y de crecido precio, si se

trata de *soirée*, siempre, ¡siempre!, padeciendo esos altísimos tacones, que nos obligan a imaginar si las mujeres del día se disponen a emigrar algún difícil vuelo; y tanto, en fin, si se encariñan con la forma estilo Luis XVIII, y su ostentosa compañera la hebilla grande, o si optan por el altivo y magnífico estilo Luis XIV, a propósito para surgir de esos pliegues a lo amazona que hizo célebres aquella *grande demoiselle*, ha ido y va expuesta tanto la elegancia de ayer como la de hoy.

Peligro, que aunque atenuado por los tapices, también la amenaza cuando en la intimidad de su saloncito, aparece ella, la mujer engalanada, envuelta en gasas a lo Thais, o bien ostentando brocados que recuerdan los del siglo XVI, para que lo mismo de aquel vaporoso tejido que de esta suntuosa tela, asomen finos y elegantes, cual el ingenio y el atractivo de la dama o damita, los perfectos pies calzados de terciopelo, de raso o de tisú, o con los zapatos orientales de alargada punta y bordados como manto de Virgen. ¡Peligro, peligro!

Peligro de caer. Caída dos o más veces sensible o risible.

Mejor que nadie lo dirá él; el infalible espejo a que antes me he referido. Y para ello, basta con abrir sin demora y con temor ese primoroso armario vitrina donde es hoy elegante guardar

una buena y lucida colección de zapatos y chinelas.

Admiremos no solamente el calzado que a la ligera vengo mencionando, sino además esos otros zapatos que se titulan venecianos, «pirograbados» como las sandalias de las griegas ricas de la antigüedad; esos suaves y clásicos coturnos que armonizan con el «salto de cama»; coturnos hechos con piel de tigre o de pantera, y felicitamos a las dueñas de ellos.

Mas no precisamente porque hayan reunido tan variada y lujosa colección, sino por haberseles ocurrido poner a ésta, a modo de fondo, el consabido espejo...

Este les hará ver y entender lo del peligro a que he aludido antes; el prosaico peligro de torcer los tacones, que es como dar taconazos a la ilusión, a la delicadeza y a la poesía.

Bien han dicho ellas, en verdad, disponiendo su calzado de manera que se refleje así, tan fiel y lindamente. Se han dado exacta cuenta de que el tal espejo viene a resultar el juez de sus pisadas, el acusador de todos sus pasos. Me refiero al decir esto, al modo de andar. Si se comete la fealdad de torcer el tacón, el propósito de enmienda se impone.

Para ello habrá que elevarse menos, de modo que no quede la figura incómoda, ni desairadamente alta; al nivel del buen gusto, del esmero

de la estética, de todo lo que ilusiona y es lindamente seductor.

Si los tacones están torcidos, cual se encargará de demostrar sin piedad el espejo—¡horror!—, toda mujer que entienda de presunción, acabará por ver y persuadirse, bien contrariada, que de poco sirven, para quienes saben distinguir y desean admirar, ni el calzado espléndido, ni la mucha belleza, ni el atavío lujoso, ni la gentil figura, ni la expresión atrayente, ni el ademán señorial, ni las joyas valiosas, ni las guarniciones mejor elegidas, ni las rosas divinas, si van en ese pedestal llamativo, tan desairadamente torcido.

Espero ufana que seréis de mi opinión. Si me equivoco, si exagero, figuraos que nada he dicho. Lo he expresado tan desmañadamente, que valdrá más, después de todo, que no conste.

Pero hay algo en estos momentos que tiene incalculable mérito: la benevolencia, la resignación con que me habéis escuchado, y a la que tan obligada quedo.

Aquí termino, repitiendo aquello de:

«Mi insuficiencia toco,
de lo malo poco.»

La señorita de Núñez Topete fué aplaudidísima por la numerosa y distinguida concurrencia congregada en el salón.

DOS BODAS

En la Iglesia del Santísimo Cristo de la Salud, bellamente adornado, se celebró a principios de mes la boda de la encantadora señorita María Alba, hija del ministro de Estado, con el distinguido abogado y bizarro oficial de complemento don Luis Gil de Biedma, hijo del respetable senador don Javier Gil Becerril.

Bendijo la unión el obispo de Segovia, doctor Castro Alonso, gran amigo de la familia Alba, que vino a Madrid con este objeto.

La novia estaba bellísima, vistiendo elegante traje blanco, adornado con valiosos encajes. El novio llevaba su uniforme de oficial de complemento de Húsares de Pavía, con el que hizo toda la campaña de Marruecos.

Apadrinaron a los contrayentes doña Obdulia Bonifaz, madre del ministro de Estado, y don Javier Gil y Becerril, padre del novio, representado por su otro hijo don José, diputado secretario del Congreso.

Como testigos firmaron el acta, por parte de la señorita de Alba, el presidente del Consejo, marqués de Alhucemas; don Basilio Paraiso; don César Alba, hermano de ella, y don Alfonso Delibes, su tío; y por parte del novio, el conde de Sepúlveda, el vizconde de Güell, don Fernando Moreno y don Antonio Muguero.

Terminado el acto, los concurrentes se trasladaron a la casa del señor Alba, donde fueron obsequiados con un té.

Los nuevos señores de Gil de Biedma salieron en automóvil para la casa que en San Rafael posee el señor Gil Becerril.

A las muchas felicitaciones que recibieron los recién casados, unimos la nuestra muy cariñosa.



La bella señorita María Isabel Ruiz de la Prada y don Javier Ferrero, con sus padrinos y testigos.

Otra aristocrática boda fué en la parroquia de San Jerónimo. Eran los contrayentes la bella señorita Isabel Ruiz de la Prada y Muñoz de Baena,

hija de don Manuel, y el joven y distinguido arquitecto don Javier Ferrero Llusia.

El templo estaba preciosamente adornado con plantas y flores.

La señorita de Ruiz de la Prada vestía elegante traje de terciopelo blanco «chiffon», con velo de tul de encaje de Malinas, luciendo las perlas regalo del novio y un collar de perlas regalo de su madre, la señora de Ruiz de la Prada.

El novio llevaba el uniforme de la Orden Militar del Santo Sepulcro, a que pertenece.

Bendijo la unión el reverendo Padre Ramonet, de los misioneros del Corazón de María, y fueron padrinos de los señores de Ferrero, la madre del novio y el padre de la novia.

Como testigos figuraron, por parte de ella, don Emilio María de Torres, secretario particular de S. M. el Rey; don Javier de Muguero, D. Luis Muñoz de Baena y don Manuel Ruiz de la Prada, hermano de la desposada, y por el novio, don Juan Vitorica, conde de los Moriles; el arquitecto don Pablo Aranda y el señor Ferrero, tío del contrayente.

Termina la religiosa ceremonia, los novios y las personas de su familia recibieron muchas felicitaciones de la concurrencia.

Los nuevos señores de Ferrero marcharon a El Escorial, continuando desde allí su viaje a Paris y Londres.

Hacemos votos por su eterna ventura.

Se anuncian los siguientes enlaces: de la bella señorita María de Anduaga y Ramirez de Saavedra, duquesa de Rivas, con el joven diplomático don Victoriano Sáinz; de la encantadora señorita Carmen de Muriedas con el capitán de Artillería don Felipe Gómez Acebo; de la bella señorita María Goicoechea y Orfanel con don Manuel Bravo; de la encantadora señorita Carmen de Alvear y de la Colina con el marqués de Revilla de la Cañada, y de las también bellas señoritas Isabel y Concepción Vereterra y Armada, hijas del marqués viudo de Canillejas, con don Luis y don Claudio Vereterra.



La encantadora señorita María Luisa Alba y D. Luis Gil de Biedma recibiendo la bendición nupcial.

(Fots. Marín.)

RECUERDO HISTÓRICO

LA VILLA, LAS RIAS

Y LOS MONTES DE LA SANGRE

VIII

GALLARDIAS DE LA RAZA



A VANZABA la noche del 27 al 28 de abril de 1874 en las Encartaciones, y una luna diáfana iluminaba las abruptas Muñecaz, arrancando a sus agrestes macizos destellos de plata.

Las tropas del marqués del Duero dormían ocupando un ancho frente, y su general en jefe, desde el balcón de su alojamiento en Ontañez, observaba atento los imponentes cerros, estribaciones de los montes Orduntes, que delante tenía.

Veíanse como de día las formidables posiciones del enemigo; sus trincheras en forma de anfiteatro que, hasta las cimas, cubrían las montañas; los espesos robledales, hondos barrancos y profundas cortaduras; defensas todas en las que se distinguía el motear de boinas y fulgor de bayonetas.

Dura, muy dura, tenía que ser la inminente jornada....

Tendría lugar el choque en las gargantas de las Muñecaz, divisoria de aguas de Santander y de Vizcaya, cruzada por la carretera de Castro a Valnasea; paso fortificado, de antemano, por los carlistas con objeto de ir envolviendo el campamento liberal de Somorrostro, hasta cortar sus comunicaciones con Castro.

Rayaba apenas la aurora del nuevo día, cuando Concha a caballo y llevando a su lado al Mariscal de Campo Don Arsenio Martínez Campos, comandante de la 2.^a división del 3.^o cuerpo; subió a la altura de la izquierda de Ontañez, ocupada la tarde anterior por fuerzas de la división Echagüe. Allí pudo apreciar mejor, por sí mismo, el general en jefe el conjunto del terreno, la situación de los batallones carlistas, sus defensas, y confirmarse en la manera de atacarlas.

Dió Concha órdenes precisas a Martínez Campos, de que debía de mandar la izquierda de la línea, y regresó a Ontañez a dictarlas a los demás generales.

El ataque debía de ser inmediato; antes que la concentración de los facciosos, en aquellas montañas, fuese total; preparando de este modo el completo envolvimiento de la línea carlista, cortándole la retirada en el Cadagua. Pero las tropas no podían combatir sin ser racionadas y el convoy no había llegado. Venía directamente a Ontañez, desde Guerizo y Limpías, pero como el camino era de herradura y resultaba imposible para las carretas, esta circunstancia hizo que, por orden de Martínez Campos, el convoy, custodiado por 3 batallones, retrocediese para tomar la carretera de la costa y por Castro Urdiales dirigirse a Ontañez. Así se hizo, ocasionando el retraso consiguiente, pues hasta las doce de la noche del 27 no pudo llegar a Castro, ni antes de las once de la mañana del 28 donde todo el tercer cuerpo estaba concentrado y dispuesto a combatir. Además, mucha parte del personal que conducía acémilas y carretas no era idóneo, la mayoría de ellos desconocían su verdadera misión y esto aumentaba las dificultades.

A punto estuvo el marqués del Duero de suspender el ataque hasta el siguiente día, pero su actividad extraordinaria hizo que a la una y media las tropas estuvieran ya racionadas y emprendiesen inmediatamente el movimiento.

Entre tanto, clareaba apenas, cuando el faccioso jefe de E. M. Elio, con Lizárraga, ayudantes y una sección de rojos lanceros, salían, del Cuartel General de Traslaviña, en dirección a Talledo por la carretera de Castro a todo el galope de sus bridones. Detrás avanzaba el batallón 7.^o de Guipuzcoa.

«Llegamos a las siete de la mañana, decía un oficial de la escolta de Elio, y antes de bajar al pueblo vimos, frente a él, una fuerte columna enemiga en la que distinguimos, tan cerca estábamos, muchos guardias civiles. «Va a romperse el fuego enseguida», nos dijeron, y los genera-

les, entonces, se situaron en la carretera, entre Talledo que ocupaba Andéchaga con los encartados y el alto de las Muñecaz en donde se situaba Yoldi con los cántabros.

«El enemigo, sin embargo, no se movía ni daba señales de atacar, antes al contrario parecía muy ajeno a ello, porque al poco rato, la columna que había en lo alto, rompió filas y sólo quedaron a la vista pocos soldados. Esto no obstante, se mandó al 7.^o de Guipuzcoa, que llegó a las nueve, tomar posiciones a la izquierda de Andéchaga, dejando en la carretera algunas fuerzas.»

Aprovechando, la para los carlistas feliz circunstancia de la dilación del ataque de Concha, Elio enviaba nuevas órdenes a Velasco para que con sus astures y castellanos, apresurase la marcha.

Pasaban las horas en este día de Abril claro, despejado y de sol canicular, calmábase la justa ansiedad en el campo faccioso con la llegada de refuerzos y muchos pensaban ya que no habría batalla.



D. Manuel Manrique de Lara, Coronel de Infantería de Marina en el verano de 1874

Pero no fué así, y comenzaba la tarde, cuando las columnas del marqués del Duero se movieron en toda la línea.

En efecto, el macizo montañoso que forma el estribo derecho de la carretera y cuya cima termina en el pico de Haya, es atacado por 7 batallones de la 1.^a división, dejando el 2.^o de Murcia a retaguardia, en Santullano.

El estribo izquierdo debía de ser a su vez atacado por fuerzas de la 2.^a división hasta posesionarse del alto llamado de la Cierva, cuando las tropas de la derecha hubiesen avanzado lo suficiente para la mutua protección del movimiento.

Ocupando Ontañez, quedaba el general Reyes con la 3.^a división en reserva y para la custodia de convoyes y hospitales de sangre, envío de municiones al campo de batalla y preparación de raciones para el siguiente día.

Por entre duras pendientes y bravías asperezas, avanzan, trepan los batallones de la 1.^a división, llevando a su bizarro general Echagüe a la cabeza y en vanguardia a los cazadores de la Habana.

Brota un verdadero huracán de fuego de bosques, breñas y peñascales que ocultan las tremendas posiciones del enemigo...

Si con escasas fuerzas estas trincheras, zanjas y parapetos podían ser defendidas contra triple

número de asaltantes, ahora que eran ocupadas por 4 batallones castellanos y un astur y pronto por el 7.^o y el 8.^o de Guipuzcoa, dispuestos todos a morir matando, la empresa resultaba de titanes.

La forma circular de las defensas de los carlistas que, hacían que el fuego faccioso pudiera hacerse de frente y también de flanco, aumentaba todavía más el peligro.

Con todo, las primeras trincheras pudieron ser fácilmente tomadas. Después el combate se hizo más empeñado y serio. Lo hecho no era nada para lo que había aún de hacer.

Cada vez más rápido el declive y el enemigo mejor situado y dispuesto a resistir, sofocante la tarde, obstáculos son todos que ponen a prueba el valor y el tesón de los soldados del marqués del Duero, ahogados por las mantas que les cruzan y aprietan el pecho, oprimidos por las fornituras, agobiados por los morrales.

La artillería Plascencia dispara, sin cesar, sobre trincheras, zanjas y parapetos carlistas; algunas defensas se derrumban con atroz carnicería de sus ocupantes, cuyos miembros saltan por el aire hechos pedazos; pero las más permanecen intactas haciendo con sus fuegos horroroso estrago en los batallones de Concha.

Los momentos son a cada minuto más difíciles, la empresa parece imposible para las tropas de la Libertad; porque a los voluntarios de Don Carlos, firmes en sus excelentes puestos, ni les imponen los efectos destructores del cañón, ni mucho menos les desalientan las masas numerosas de infantería que asaltan sus líneas. Como en Somorrostro y en Abanto, aguardaban, también, a tener el enemigo a cortísima distancia para disparar sobre él o lanzarse, así mismo, contra los republicanos, con ímpetu arrollador a la bayoneta...

En esta pugna sangrienta sufrían mas, como tropas menos hechas a la pelea, civiles y carabineros; pero allí estaban los soldados de línea, los cazadores de la Habana, cuyo gallardo ejemplo a todos animaba.

La lucha era desesperada; parecía atraer la muerte a unos y a otros. ¡Espantosa subida! Si la mansión de Lucifer estuviese en lo alto, las pendientes de las Muñecaz serían la escalera del Infierno.

A las seis las tropas de la 1.^a división no podían dar un paso; las columnas llegaban y morían y eran inútiles cuantos esfuerzos hacía su Comandante en jefe para obligarlas a seguir avanzando. El enemigo, concentrado en el pico de Haya, su más formidable defensa, oculto entre rocas y entre jaras aniquilaba a los soldados de Echagüe, muchos de los cuales, rendidos por lo duro de la ascensión, rodaban por los taludes extenuados de fatiga.

Concha, que se hallaba cerca, ve aquello, comprende todo lo grave de la situación, llama al 2.^o de Murcia, ordena a Reyes que le envíen refuerzos y dirigiéndose al Cuartel General, al Alto Mando que le rodea, «Vamos todos» dice y se lanza hacia las guerrillas dispuesto a vencer o a morir en la empeñada lucha.

Llega y su presencia, su valor legendario, su actitud heroica, a todos anima, y los que momentos antes yacían extenuados en tierra, vuelven de nuevo a empuñar el fusil arrojándose otra vez bizarrísimos a la pelea.

«¡Arriba cazadores! grita Concha, espada en mano, al batallón de la Habana, siempre en vanguardia.— ¡Adelante Ramales!— ¡Mallorca!— ¡Viva España!— ¡A la bayoneta!...

Estas exclamaciones del marqués del Duero, en los momentos más críticos de la acción, electrizan a sus soldados que se lanzan, por vez postrera, impetuosos al asalto...

Los carlistas comprenden que ha sonado, para ellos, la hora suprema y a su vez se aprestan, rápidos, para un rudo golpe decisivo...

El 4.^o de Castilla y el Cid, Arlanza y los Cruzados, el 7.^o y el 8.^o de Guipuzcoa, las fuerzas todas de Velasco y de Lizárraga, saltan de sus trincheras y cargan con tremendo empuje a la

bayoneta al grito de ¡Viva Carlos VII! ¡Viva Dios! ¡Guiris, guiris!

Chocan las masas de hombres y, con furia loca se lucha a cuchilladas, tiros y culatazos. Generales y jefes se batan en primera línea; algunos, rotas sus espadas, empuñan el fusil; Concha recibe una contusión de bala en el hombro derecho, pero continúa en medio del fragor del combate.

Liberales y facciosos se cubren de gloria en esta pugna sangrienta que, pone de relieve las proezas gallardas de la raza. Allí hubiesen muertos todos, aniquilándose mutuamente, si en uno de sus ataques, las fuerzas de Echagüe, no hubiesen logrado, con horrenda carnicería, flanquear y envolver, por su derecha, al enemigo haciéndole, de este modo, abandonar la tan codiciada cumbre.

Entretanto Martínez Campos, cumpliendo fielmente las órdenes del general en jefe, había emprendido el ataque, tan pronto como las tropas de Echagüe habíanse apoderado de las primeras posiciones.

Por el lado izquierdo de la línea liberal también las sinuosidades, declives y defensas de los facciosos eran insuperables. Si grandes eran los obstáculos con que tropezaba la 1.^a división del 3.^o cuerpo, en su duro ascenso; las que habían de vencer los soldados de Martínez Campos rayaban en lo imposible. Torrentes de metralla lanzaba la artillería Krup y Plasencia sobre los cerros de la derecha carlista; pero sus efectos no podían corresponder a los esfuerzos porque, la configuración del terreno, desenfila trincheras, zanjas y parapetos. Había que triunfar del faccioso con el corazón y la punta de las bayonetas.

Y lo hicieron así los valientes de Martínez Campos en lucha ¡echo a pecho y brazo a brazo, con un enemigo, bravo hasta la temeridad y que, de pétreos matorrales, derrumbadores enormes y picachos inaccesibles, hacía verdaderas e inexpugnables fortalezas. Bizarramente sostenía este lado el vizcaino general D. Castor Arnécha con cuatro batallones de cántabros y de encartados, guerreros indomables, dispuestos siempre a vencer o a morir, matando, por la causa que peleaban.

Tomó el pueblo de Talledo la 2.^a división, y numerosas defensas fueron conquistadas, perdidas y vueltas a conquistar en formidables choques.

Pero llegó un momento, ya cercanas las tropas de la Libertad a la cumbre, en que sus esfuerzos resultaban inútiles y sus fracasos constantes. Tenían delante la, desde entonces, famosa trinchera llamada de la Cierva.

A iniciativa de su ayudante Campruví, Martínez Campos pide 100 voluntarios para renovar la tan difícil operación.

Don Manuel Manrique de Lara, teniente coronel del 1.^o batallón del 3.^o regimiento de Infantería de Marina, se ofreció para el asalto con las fuerzas de su mando. Elegidos entre ellos los 100 voluntarios, hacia la inexpugnable defensa se dirigieron aquellos soldados marchando al frente el valiente Lara y los bizarros comandante Campruví, capitán Castillo y alférez Buitrage.

Era el peligro inmenso; había que bajar a un barranco por vertical y escabrosa pendiente y trepar después a la trinchera, siempre bajo el fuego del enemigo, de frente primero y perpendicular después.

Fueron en la bajada tan terribles los efectos de los disparos, eran tan certeros y nutridos, que los 100 bravos quedaron reducidos instantáneamente a 12. No decayó un puñito el ánimo del resto de la fuerza, que eran guerreros que no creían en la muerte. ¡Adelante!, grita Manrique, y seguidos de sus héroes, con el fusil colgado o la espada entre los dientes, agarrándose a las

piedras y a la maleza, a las raíces y a los troncos de los árboles, trepan todos a la trinchera. La sorpresa y el asombro del enemigo, ante tanta audacia y valor legendario, hace momentáneamente vacilar a los carlistas, y la trinchera queda en poder de Lara y de sus gallardos leones. Pero reaccionan en el acto sus defensores y, atacando de nuevo, se entabla una lucha desesperada, realidad inverosímil, porque pelean un puñado de hombres contra fuerzas numerosas.

«Durante diez minutos, dice un testigo presencial, se vió a Andéchaga y al teniente coronel Lara frente a frente y excitando cada uno a los suyos: Lara, para que apresurasen la subida de lapendiente; Andéchaga, para que volviesen a la trinchera que habían abandonado, llenos de temor, ante el arrojado de los marinos... Ambos jefes estaban entre dos fuegos... Antes de que Manrique y sus valientes pudiesen ganar la altura, volvieron los facciosos a la trinchera, obligando a los marinos a descender hasta el barranco... Pero rehechos sin tardar, reforzados por cuatro compañías del Regimiento de Valencia, con Lara al frente, de nuevo trepan a la disputada posición: logran a ella subir; es la pelea espantosa entonces; se desprecia la vida; el acero y el plomo matan los hombres a cientos; Lara

»Ultimo en la retirada el bizarro Andéchaga, busca en su derrota la muerte; no marcha por sendas cubiertas; cruza por medio de los sembrados, cuyo verde claro hace resaltar perfectamente el azul prusia de su largo capote, el pantalón grancé con altas botas, la típica boina, su poblada y larga barba blanca... Cae a su vez también este héroe de la causa carlista, y expira poco después en la Sopuerta.»

El bravo Lara quedó moribundo, y tanto y de tal modo que, el médico lo creyó expirante. Taponó con hilas, en la herida, los orificios de entrada y de salida, dió una dosis de láudano para que su muerte fuese tranquila, y, envolviendo el cuerpo en la toalla de un soldado, dejó al valiente jefe sobre la paja de un caserío. Al día siguiente, viendo que Manrique de Lara continuaba con vida, fué trasladado a Castro-Urdiales, donde pudo curar. Este benemérito de la Patria, ascendido a coronel con motivo de sus proezas en las Muñecaz, fué después ayudante de S. M. el Rey D. Alfonso XII, que le profesaba particular estimación, y murió de brigadier en El Ferrol el 23 de setiembre de 1895, siendo gobernador militar del Departamento, y a consecuencia de su horrorosa herida.

Las fuerzas de Martínez Campos lograron, al comenzar el crepúsculo del 28, coronar la tan disputada altura de la Cierva.

Sostenidos por el 7.^o y el 8.^o de Guipúzcoa, pues los demás batallones facciosos que se habían batido en las Muñecaz no tenían ya un solo cartucho, retiráronse cántabros y encartados hacia Guíñez y castellanos y astures sobre Iraslaviña, quedando los guipuzcoanos las primeras horas de la noche en Avellaneda.

En Somorrostro la artillería de posición y en el mar la escuadrilla, sostuvieron un terrible cañoneo contra los reductos facciosos que, con perseverante tesón, defendían navarros, alaveses y vizcainos.

Al mismo tiempo tres divisiones pertenecientes a los cuerpos 1.^o y 2.^o del duque de la Torre, efectuaban un movimiento, por su derecha, apoderándose de Montellano, quedando de este modo al flanco izquierdo de las fuerzas de Concha.

En tanto un batallón destacado de las tropas de Serrano, el 2.^o de Saboya, se hacía dueño de la posición carlista de Cortes.

No había terminado del todo el fuego en las Muñecaz, cuando el marqués del Duero pasaba al general Reyes la comunicación siguiente:

«Comunique V. E. al Excmo. Sr. Duque de la Torre que, la 1.^a división de este cuerpo ha tomado la posición de las Muñecaz, donde me encuentro por la derecha y parte del centro. La 2.^a división, por la izquierda, ha encontrado un terreno insuperable; pero el enemigo queda rebasado por todas partes y tendrá que abandonarlo. La jornada muy calurosa y de gran fatiga en una subida constante de hora y media. No conozco las pérdidas. Campo aquí.»

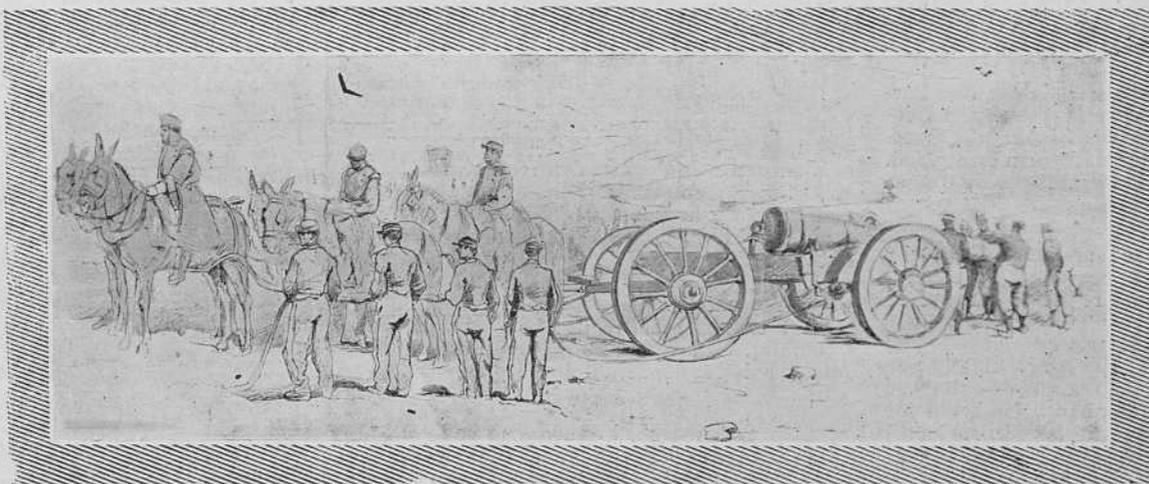
Más tarde dirigía una segunda comunicación al general Reyes que decía:

«Según veo, con el antejo, la izquierda ha vencido todos los obstáculos y el enemigo se retira precipitadamente.»

«Terminado el combate del 28 el marqués del Duero, dice su jefe de E. M. D. Miguel de la Vega Inclan, no quiso regresar aquella noche a Ontañez y vivió en medio de sus tropas a pesar de la abundante lluvia que caía, presenciando al mismo tiempo el trabajo de los ingenieros que rehabilitaba la carretera para el paso del convoy.»

LORENZO RODRIGUEZ DE CODES.

Al mismo tiempo que el de madre, enseñad a vuestros hijos a pronunciar el nombre de España.



Cañón de 16 centímetros destinado a bombardear las posiciones carlistas de Somorrostro.

cae con el pecho atravesado de un balazo, pero, aun tendido en tierra, continúa dando órdenes de ataque a los suyos...

»Ceden al fin cántabros y encartados, y luchando siempre, abandonan aquella trinchera, con tanta brillantez defendida.

NUESTROS LIRICOS

CIBELES

Sentada en su carroza tirada por leones,
Como si, por el Parque y Puerta de Alcalá,
Del paseo regresara y allí se detuviera,
Sonriente y altiva la bella diosa está.

Vió, atenta, desfilar a cien generaciones;
De la fuente el susurro a los enamorados
A citas los atrajo, y algunos desvalidos
al sueño se rindieron, a sus plantas tumbados.

Oye, del Ministerio, los toques de corneta,
Y percibe del Banco el sonido del oro,
Y por su lado pasan los hijos de la Patria,
que, belicosos, marchan a combatir al moro.

Y allá dentro del pecho ha sentido vibrar
Los valientes latidos de aquellos corazones.
Que, aunque de dura piedra, también es española,
Y tiembla en su carroza tirada por leones.

MARIA LUISA MADRONA DE ALFONSO

IMPROVISACION

En el silencio de la noche,
Cuando la gran ciudad de plata
Bajo la luna duerme y sueña...
Todo calla.

Al clarear el nuevo día
Cuando la luz del sol, magnánima,
Llena los pechos de alborozo...
Todo canta.

Mas al llegar la nueva noche
Otra vez triste se ve el alma.
Luz, ilusiones, alegría...
¡Todo pasa!

JUAN DE AVILES

Mundo Mundillo...



MADRID en primavera es algo que subyuga, que encanta. Por eso se comprende la gran cantidad de extranjeros que hay estos días en nuestra ciudad. Pero si Madrid es encantador, ¿qué será en esta época Sevilla? Pasando la temporada de feria hay allí numerosas familias madrileñas, que, en fiestas y en paseos, se congregan en torno de los Reyes y de los Infantes Doña Luisa y Don Carlos. La sociedad sevillana ha organizado varios actos en honor SS. MM., y aristocracia y pueblo rivalizan en el deseo de hacer agradable a nuestros Soberanos la estancia en la hermosa población andaluza.

HA sido rehabilitado el título de marqués de Camarena la Real a favor de doña María Justa Carvajal y López Montenegro, condesa de los Corbos y dama de la Real Maestranza de Zaragoza.

Esta ilustre señora está casada con don Fernando Manuel Márquez de la Plata y Angioletti, caballero de la Orden de Alcántara y maestrante de la Real de Zaragoza, teniendo una sola hermana, que es la actual marquesa de Camarena la Vieja.

EN la elegante casa de los señores de Esquer se celebró a principios de mes una pequeña reunión, a la que asistió un reducido número de sus amigos.

Al inaugurar su nueva casa, que es toda ella un alarde artístico, en el que se revela el buen gusto que siempre ha tenido la que de soltera se llamó Aurora Torrepeando, han organizado los señores de Esquer varias fiestas íntimas, a las que han ido concurriendo poco a poco sus muchas amistades.

A la reunión a que nos referimos asistieron, entre otras damas, las marquesas de Almunia y de Villalcázar; las condesas de Casal, Mayorga, viuda del mismo título, Bilbao y Egaña; la vizcondesa de Garcí Grande; la baronesa viuda de Petrés, y las señoras y señoritas de Bertrán de Lis, Casal (Blanquita), Fernández de Córdoba, González de Castejón, Toreno, Ziburu, Argüelles, Castillo Olivares, Mora, Sanchiz, Pierrá, Sandoval, Despujols, Bargés, Villapececlín, Urcullu y Salazar.

Los invitados, que fueron obsequiados con un té, hicieron grandes elogios de la nueva casa, construída en el lugar del antiguo hotel de los difuntos condes de Torrepeando.

Los señores de Esquer y su hija Carmen hicieron los honores con su proverbial amabilidad.

UNA buena noticia: *La duquesita* tiene ya, en su casa de la calle de Fernando VI, 2, nuevos modelos de esos artísticos y originales sortijeros de bronce y hierro repujado, para regalar dulces de boda y cruzamientos, que la han dado merecida fama.

LOS lunes del Ritz siguen animadísimos. A la última comida de moda, seguida de baile, asistieron muy distinguidas personas.

El ministro de los Países Bajos, señor Melvill, daba una comida en honor del embajador de los Estados Unidos y Mrs. Woods, siendo los demás comensales el primer introductor de embajadores y la condesa de Velle, conde y condesa de Paredes de Nava, ministro de Suecia y señora de Danielsson, señora de Núñez de Prado, ministro del Japón, conde Kinjiro Hirotsawa; consejero de Polonia y señora Tomaszewska, mademoiselle Caporal, secretario de Holanda y madame Sillem, consejero de Italia, conde Tosti di Valminuta; y secretario de Francia, monsieur Barbier.

Los marqueses de Benicarló y su hija la bella señorita de San Millán tenían como invitados al vizconde y vizcondesa de Eza, con su hija la señorita de Marichalar, y don Otto Jencquel.

En otras mesas estaban la Princesa y el Príncipe de Ligne, la marquesa de Aldama y su

Casa RAMOS-IZQUIERDO

TROUSSEAU LAYETTES
Plaza de Alonso Martínez, 2. -- Teléfono 141-J

hija, condes de Vilana y señores de Agrela; señora de Bosch y Labrús y su hija, marqueses de Bermejillo, marquesa de Nájera y señoritas de Castrillo, ministros de Estado y Gobernación, señores Alba y duque de Almodóvar; ministro del Brasil y señora de Lima é Silva, ministros de Cuba y Bolivia, señores de Pelizaeus, señora de Pidal y otras muchas personas.

También siguen animadísimos los tés de moda del Palace Hotel.

ENTRE las últimas aristocráticas reuniones celebradas en Madrid, ha sido una de las más agradables la organizada en su artística residencia por los duques de Santa Lucía en honor de la Infanta Doña Isabel y el Infante Don Fernando y la duquesa de Talavera.

Asistieron muchas aristocráticas damas de la sociedad madrileña, hombres políticos, generales, como el jefe de la Casa militar del Rey, señor Milans del Bosch y el subsecretario de la Guerra, señor Barrera; y otras personalidades.

Otra recepción muy brillante fué la celebrada en la Legación del Japón, a la que concurrieron los numerosos amigos del ministro, conde Kinjiro Hirotsawa.

El marqués de Pons ha dado en el Nuevo Club una elegante comida, a la que concurrieron el secretario de la Embajada inglesa y Mrs. Thomas, M. y Mme. de Montagu, los condes y condesas de Velayos y Yebes, marqués y marquesa de Nájera, vizconde y vizcondesa de Bahía Honda y don Juan Caro.

Y el exsubsecretario de Hacienda, don José del Moral, y su esposa obsequiaron con un té al ministro de Hacienda del Jilifa, Bennuna.

EL Rey se ha dignado hacer merced de título del Reino, con la denominación de conde de Garvey, a favor de don Patricio Garvey y González de la Mota.

Por otro decreto de Gracia y Justicia ha sido rehabilitado el título de conde de González de Castejón, a favor de don Ignacio González de Castejón y Rivera de Aguilar.

También ha firmado Su Majestad un decreto disponiendo que el título de marqués de Otero, concedido a la viuda de don José Canalejas, doña María de la Purificación Fernández Cadenas, se entienda en lo sucesivo con la denominación de marqués de Otero de Herreros.

Por el Ministerio de Gracia y Justicia se anuncia que doña María del Rosario Díez de Rivera y Figueroa ha solicitado la rehabilitación del título de marqués de Cirella, creado en 1618, a favor de don Antonio Manrique y Cabrera.

EL ilustre escritor y antiguo diplomático argentino don Carlos María Ocantos, ha dado en su finca Villa Buen Retiro, de la Cuesta de las Perdices, un espléndido almuerzo en honor del embajador de su país en esta corte.

Con éste y el señor Ocantos se sentaron a la mesa, además de la hermana del dueño de la casa, doña María Luisa, el exministro y presidente de la Real Academia de Medicina, don Carlos María Cortezo; el exministro y académico marqués de Figueroa, con su esposa; el consejero y la señora de Gayan, el escultor don Mariano Benlliure y los pintores don José Moreno Carbonero y don Juan Antonio Benlliure.

Los reunidos pasaron unas horas muy agradables en aquella encantadora casa de estilo antiguo español.

MARIANO SANCHO

AUTOMOVILES

HUPMOBILE, CHANDLER, CLEVELAND.

MARTINEZ CAMPOS, 9. — Teléfonos J-1737 y J-127

MADRID

Notas de pesame

GRAN sentimiento produjo en la Sociedad madrileña la muerte, ocurrida a principios de este mes, de la ilustre y bondadosa duquesa viuda de Granada de Ega y de Villahermosa. Después de larga enfermedad, padecida con cristiana y ejemplar resignación, entregó su alma a Dios, rodeada de sus amantes hijos.

Pertenecía la noble y virtuosa señora a una muy aristocrática familia. Era doña Isabel Hurtado de Zaldivar Heredia Fernández de Villavicencio y Livermoore, hija del cuarto conde de Zaldivar y marqués de Villavieja, don José Hurtado de Zaldivar, y de doña Isabel de Heredia y Livermoore, de la ilustre familia malagueña. Hermana de la finada es doña María del Carmen marquesa viuda de Salamanca y condesa viuda de los Llanos.

En octubre de 1871 casó la ilustre dama desaparecida ahora, en Azcoitia, con el noble prócer don Francisco Javier Azlor-Aragón e Idiáquez, que fué duque de Granada de Ega y de Villahermosa, marqués de Cortes y de Valdeterres y conde de Guara y de Javier, caballero mayor de la difunta Princesa de Asturias y caballero del Toisón de Oro.

Este heredó de su abuelo, el XV duque de Granada, este título, y de su prima hermana doña María del Carmen Azlor-Aragón, en 1906, el ducado de Villahermosa. Falleció el ilustre prócer el 11 de abril de 1919.

Del matrimonio de los duques de Granada, quedan los siguientes hijos: don José, que usó mucho tiempo el título de duque de Luna y llevó ahora los demás de su casa, casado con doña Isabel de Guillamas y Caro, marquesa de San Felices, condesa de Molina y de Villalcázar de Sirga, hija del difunto marqués de San Felices y de la actual marquesa de Martorell; don Francisco Javier, conde del Real; doña María de la Concepción, condesa de Simancas y vizcondesa de Villanova, esposa de don Luis María de Silva y Carvajal, conde de la Unión y duque de Miranda, hijo de la duquesa de San Carlos, y don Marcelino, marqués de Narros.

Sobrinos carnales de la finada son el marqués de Salamanca, conde de los Llanos; el vizconde de Bahía Honda, la vizcondesa de Portocarrero y la marquesa de Villavieja.

Toda la sociedad madrileña se ha asociado durante estos días al gran dolor de la ilustre familia. En el acto de la traslación del cadáver a la estación de Atocha para su conducción a Zaragoza, y en los funerales verificados en la parroquia de Santiago, pusieron muy de relieve los grandes respetos y simpatías de que que la noble finada gozaba en Madrid.

TAMBIEN ha sido muy sentido el fallecimiento de la distinguida señora doña María Luisa Diago y Tirry, condesa viuda de Armildez de Toledo, marquesa de la Cañada y de San Martín de la Ascensión. Había nacido en La Habana el año 1839. En dicha capital contrajo también matrimonio, en 1860, con don Isidro Wall y Alfonso de Sousa, conde de Armildez de Toledo, de Arenales y de Fuente Saúco; marqués de Mejorada del Campo, intendente general de Ejército y Hacienda en la isla de Cuba, nieto de los marqueses de Guadalcazar.

De este matrimonio sólo queda una hija, doña María de la Concepción, actual condesa de Armildez de Toledo, viuda del conde de Floridablanca y de Villa Amena de Cozviyar, de tan grata memoria, que falleció hace cuatro años.

Nietos de la finada son doña María Luisa (religiosa reparadora), don José María, actual conde de Floridablanca y marqués de Mejorada del Campo, don Isidro, conde de Arenales del Río y de Villa Amena de Cozviyar, casado con la condesa de Cabrillas, hija mayor de los duques de Aveyro; doña María de los Dolores; doña María de la Concepción; doña Consuelo y doña María de las Mercedes.

Nos asociamos de todo corazón al duelo de la condesa de Armildez de Toledo y demás familia.

LOS CUATRO LLORONES

PEPITA era una pastorcita que todas las mañanas cogía una cestita con la comida y se iba con sus ovejitas al campo, donde pasaba el día entero, mientras el ganado pastaba.

Pero una mañana, las ovejitas, que siempre habían sido muy buenas y obedientes, se desmandaron y se metieron en un campo de trigo, cosa severamente prohibida. ¿Qué dirían los guardas si descubrían el delito? Pepita no sabía qué hacer. Por más que llamaba a las ovejitas no la hacían caso y seguían comiendo tranquilamente.

Desesperada la pastorcita, se sentó en el suelo y se puso a llorar.

A poco pasó una liebre y le preguntó:

—¿Por qué lloras?

—Porque mi rebaño se ha metido en el trigal y no puedo sacarlo.

—Yo lo echaré—dijo la liebre.

Pero por más que hizo no lo consiguió, y concluyó por venir a sentarse al lado de la pastorcita, llorando también.

—¿Por qué lloras?—le preguntó una vaca que pasó por allí.

---Yo lloro--respondió la liebre--

porque llora la pastorcita, y la pastorcita llora porque no puede sacar del trigal el rebaño.

---Yo lo sacaré---dijo la vaca.

Y comenzó a dar vueltas, sin conseguir echar a las ovejas. Entonces se sentó junto a la pastora y la liebre y se echó a llorar también.

---¿Por qué estáis llorando las

del trigal, y el caballo, ya cansado, concluyó por sentarse junto a la vaca, la liebre y la niña, llorando también.

Mientras lloraban los cuatro, llegó una abeja zumbando.

---¿Por qué lloráis los cuatro?--- preguntó:

---Yo lloro porque llora la vaca--- contestó el caballo.

---Y yo porque llora la liebre---agregó la vaca.

---Y yo porque llora la pastorcita---explicó la liebre.

---Y yo porque mi rebaño no quiere salir del trigal---dijo la pastorcita.

---Yo lo sacaré---dijo la abeja.

El caballo, la vaca, la liebre y la niña dejaron de

llorar un momento para reírse del insecto, considerándolo un fanfarrón. Pero la abeja se posó en las narices de una oveja, zumbando ferocemente, como si fuera a picarla, y la oveja no esperó a más y salió corriendo del trigal, seguida de sus compañeras.

---¡Reíos ahora de mí---dijo la abeja. Los pequeñines podemos a veces más que los grandes.

Y cada cual siguió su camino.

LAS SEÑORAS DISPONEN

HOY DE UNA FÓRMULA ABSOLUTAMENTE CIENTÍFICA PARA BORRAR POR COMPLETO EL BRILLO Y LAS ARRUGAS DEL CUTIS. DICHA FÓRMULA ADMIRABLE SE HALLA CONTENIDA EN LA

CREMA

"FLORES DEL CAMPO"

CAJA: 4,50 PESETAS

ÚLTIMA CREACIÓN DE "FLORALIA"

tres?---preguntó un caballo que iba a trabajar.

---Yo lloro porque llora la liebre--- respondió la vaca---, la liebre llora porque llora esta pastorcita, y la pastorcita llora porque no puede sacar su rebaño de ese campo

---Yo lo sacaré---dijo el caballo dándoselas de inteligente.

Pero se llevó chasco, porque las ovejas, perseguidas por el caballo, se limitaron a dar vueltas sin salirse

SEÑAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES

Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES



Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS. MOTOCICLETAS. ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES
DE LA

FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín

Núñez de Arce, 4.—MADRID.—Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18.

Barquillo, 20.

Teléfono, 53-44 M.

Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA

SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERÍA

Gran Peletería Francesa

VILA Y COMPAÑIA S. en C.

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURKURES
MANTEAUX

CONSERVACION
DE PIELS

Carmen, núm. 4.—MADRID.—Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14.—Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2. — MADRID — Telf.º S. 10-22.

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID.—Atocha, 65.—Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
— MADRID —

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

CASA JIMENEZ - Calatrava, 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA

VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS

SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA

EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6. — Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA—VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS—CRISTALERIA—LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS.

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones.

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES—GABANES—PARAGUAS
BASTONES—CAMISAS—GUANTES—CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CARROCERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMOVI-
LES DANIELS — AUTOMOVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCHINI

Miguel Angel, 31.—MADRID.—Teléfono J. - 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17

Sucesores de Langarica

SASTRES

Carmen, 9 y II. MADRID.

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Estolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.

Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41.—MADRID

LUIS R. VILLAMIL

AUTOMOVILES

MARMON :: NASH :: ESSEX

Alcalá, 62. — MADRID — Telf. S. 586.

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES

LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS—BOLSILLOS—SOMBRILLAS—ESPRITS
Preciados, 13.—MADRID—Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID | Alcalá, 53

Capital social... { 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios.
Seguros mutuos de vida. Superviven-
cia. Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros.

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

CASA APOLINAR

-- GRAN EXPOSICIÓN DE MUEBLES --

Visítad esta casa antes de comprar.

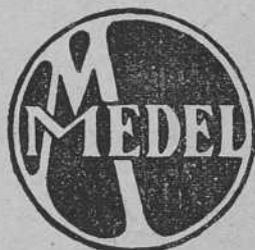
INFANTAS, 1 duplicado.



TELEFONO 29-51

JUGUETES

Gran Vía, 18.



Tel. M. 515.

COCHES DE NIÑO

FRANZEN

FOTÓGRAFO

Príncipe, 11.-Teléfono M.-835

CASA RAYO

ENCAJES NACIONALES Y EXTRANJEROS

CONFECCION DE ROPA BLANCA

Fábrica en Almagro

Despacho: Caballero de Gracia, 7 y 9

MADRID.—Teléfono 21-06 M.

FÉLIX TOCA

Bronces - Porcelanas - Abanicos - Sombrillas
Camas - Herrajes de lujo - Muebles - Arañas

MADRID

Nicolás María Rivero, 3 y 5.—Tel. M. 44-77

Decir Chocolates

MATIAS LOPEZ

es decir los mejores Chocolates del mundo

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

PARA EL TOURISTA

TODO VIAJERO AFICIONADO A CUESTIONES ARTISTICAS ENCONTRARA UNA UTILIDAD EXTRAORDINARIA Y UN VERDADERO DELEITE LEYENDO LOS SIGUIENTES LIBROS:

El Monasterio de Piedra.

Por tierras de Avila.

Una visita a León.

Vistas de Segovia.

POR

LEON ROCH

De venta en las principales librerías

ANGEL RIPOLL BATERIAS DE COCINA EXTRANJERAS DE TODAS CLASES ::

Magdalena, 27.—Unica Sucursal: León, 38

R. FERNANDEZ ROJO

GRABADOR EN METALES

Fuentes, 7, Madrid.

Teléfono 415 M

PRAST

FOTOGRAFIA ARTISTICA

Carrera de San Jerónimo, núm. 29

MADRID

Hijo de Villasante y Cía.

OPTICOS DE LA REAL CASA

10, Príncipe, 10

MADRID

Teléfono 10-50 M.



LA VILLA MOURISCOT

CASA BALDUQUE

BOMBONES SELECTOS.—MARRONS

GLACEE.—CAMELOS FINOS

CAJAS PARA BODAS

SERRANO, NUM. 28

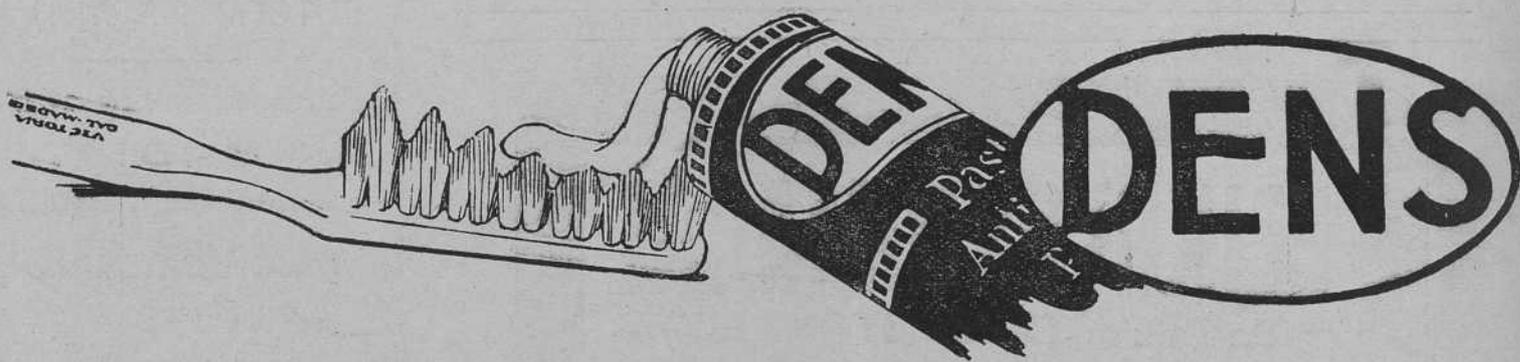
INDUSTRIAL GRAFICA. Reyes, 21.—Madrid



*Las palabras
se las lleva
el viento*

pero queda con su perfume, el de la Pasta Dens, protectora incomparable de la belleza é higiene de la boca. Deja res-

plandeciente la dentadura y sonrosadas las encías, y por su poder microbicida evita las caries y molestias consiguientes.



Su composición no es un misterio. La Pasta Dens es una crema jabonosa, de sabor agradable, aromatizada con menta dulce de buena calidad. Ni piedra

pómez, ni jibia, ni drogas de efecto dudoso ó nocivo. Limpia el esmalte dental con la suavidad de una esponja, no lo raya con la aspereza de la lima.

TUBO, 1,50 EN TODA ESPAÑA. - PERFUMERÍA GAL. - MADRID